

Sociedad civil: ¿rival de la democracia?

Polonia entre 1989 y 1995

Eduardo Guerrero Gutiérrez*

En *Making Democracy Work*, Putnam (1993, p. 6) se pregunta: "¿cuáles son las condiciones propicias para crear instituciones representativas capaces, sólidas y eficaces?" Después de indagar sobre estas condiciones en la vida política italiana, Putnam (1993, p. 182) advierte la relevancia de una categoría de sobra conocida: "El gobierno democrático se fortalece, no se debilita —dice—, cuando tiene frente a él una sociedad civil vigorosa."¹ La tesis de Putnam suscita varias preguntas cuando dirigimos nuestra atención a naciones como Polonia que han venido experimentando una acelerada transformación política en los últimos años: ¿es la sociedad civil invariablemente un agente que favorece la democratización? ¿Cuáles son las condiciones sociales y políticas en las que "una sociedad civil vigorosa" no podría desempeñar el papel constructivo que supuestamente le corresponde para instaurar

* El presente artículo recibió el Premio Joseph Cropsey que otorga anualmente el Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Chicago. El autor agradece los comentarios de David Laitin, Matthew Cleary, Venelin Ganey y Guillermo Trejo. Traducción del inglés por el autor. Este artículo fue recibido en marzo de 1998 y revisado en julio de 1998.

¹ Las cursivas son mías. Siguiendo el ejemplo de Putnam, analistas políticos contemporáneos subrayan frecuentemente y sin reservas, la relevancia de la sociedad civil para consolidar la democracia. Véase, por ejemplo, Schmitter (1993, p. 1), Diamond (1996, p. 230), Linz y Stepan (1996, p. 76), Fish (1996, p. 274), y Gunther, Puhle y Diamandouros (1995, p. 401), quienes dicen respectivamente: "la presencia de una sociedad civil [...] contribuye positivamente a la consolidación (y, más tarde, a la persistencia) de la democracia"; "una sociedad civil vigorosa es probablemente más esencial para consolidar y mantener a la democracia que para iniciarla"; "una sociedad civil robusta ayuda a resistir reveses, auxilia a completar las transiciones, ayuda a consolidar y a profundizar la democracia"; "la consolidación de la democracia representativa no será posible ante una sociedad suborganizada [...] e inarticulada", y "la debilidad de la sociedad civil complica severamente las probabilidades de una consolidación exitosa".

un régimen democrático? ¿Será cierto —como dice Berman (1997, p. 402)— que una institucionalización política vigorosa (*i.e.* un Estado efectivo y un sistema de partidos estable) en lugar de una dinámica sociedad civil (*i.e.* altos índices de asociacionismo civil) es el factor clave para impulsar la institucionalización democrática? ¿Será que aquellos que consideran a la sociedad civil la principal fuerza democrática “subestiman la capacidad de los partidos políticos para impulsar a la democracia”? (Foley y Edwards, 1996, p. 40).

Podríamos plantear estas interrogantes no sólo a Putnam sino a otros muchos politólogos que han promovido la idea de que una sociedad civil activa es un requisito para el establecimiento de instituciones democráticas sólidas. Esta convicción ha sido un lugar común desde antes que Putnam afinara el argumento en su célebre análisis. En Europa Central y del Este, durante los meses de euforia que siguieron al derrumbe del socialismo, varios analistas coincidían en señalar que la “sociedad civil” era una de las variables cardinales para explicar el colapso del régimen soviético y sus epígonos (*e.g.* Dahrendorf, 1990, pp. 93-99; Garton Ash, 1990, p. 153; Di Palma, 1991a, 1991b, p. 73). En aquellos momentos, la sociedad civil era considerada simultáneamente una implacable fuerza disruptiva que desde los tempranos ochenta estaba minando la legitimidad de los regímenes socialistas, y un basamento confiable sobre el que un régimen democrático podría edificarse —especialmente en Polonia, donde el asociacionismo civil había exhibido una energía extraordinaria—. Después de varios años esta convicción no ha perdido su atractivo; la sociedad civil continúa siendo considerada uno de los principales soportes de la democracia (Fish, 1996; Linz y Stepan, 1996, pp. xiv y 9), así como el enemigo *par excellence* del despotismo (Bellin, 1994, p. 509; Hall, 1995, p. 7; Arato, 1991).

Sin embargo, como muestra el cuadro 1, al comparar la evolución política de Polonia con aquélla de otras naciones de Europa del Este entre 1989 y 1995, Polonia es un caso único y paradójico en lo que se refiere a la supuesta contribución de una “sociedad civil vigorosa” a la institucionalización democrática. Durante ese periodo, Polonia —que se enorgullece de poseer la sociedad civil arquetípica de Europa del Este—² siguió un curso errático hacia el afianzamiento y mejora de sus recién adquiridas instituciones democráticas.

² Linz y Stepan (1996, p. 262) plantean explícitamente la condición “extraordinaria” de Polonia a este respecto: “la diferencia crucial” entre Polonia y el resto de los estados socialistas fue “la ‘extraordinaria’ relación horizontal de la sociedad civil con ella misma”, la cual contribuye a un alto grado de autoorganización.

Cuadro 1. Sociedades civiles, sistemas de partidos y estabilidad democrática en Europa del Este (1989-1995)

<i>País</i>	<i>Sociedad civil* (aspectos clave)</i>	<i>Sistema de partidos (aspectos clave)</i>	<i>Estabilidad aparente del sistema democrático</i>
Bulgaria	Sociedad civil muy débil Movilización 1989-1991	Sistema de partidos estable Congreso multipartidista estable	De alta a media
República Checa	Sociedad civil débil	Sistema de partidos estable Congreso multipartidista estable	Alta
Hungría	Sociedad civil débil Movilización 1989-1990	Sistema de partidos estable Congreso multipartidista estable	Alta
Polonia	Sociedad civil vigorosa	Sistema de partidos inestable y excesivamente fragmentado	De media a baja
Rumania	Movilización 1989-1995 Sociedad civil muy débil	Congreso multipartidista inestable Incipiente sistema de partidos (sin oposición viable al partido gubernante)	Alta (no obstante, el sistema de partidos preserva varios rasgos "totalitarios" y "sultanistas")
República Eslovaca	Movilización 1990-1991 Sociedad civil débil	Congreso multipartidista fragmentado Sistema de partidos estable Congreso multipartidista, oposición fragmentada	De alta a media

* Bruszt y Stark (1992, pp. 14-15) proponen una ordenación de las sociedades de Europa del Este de acuerdo con el nivel de desarrollo de sus organizaciones autónomas. A lo largo de tal dimensión, la ordenación que proponen es la siguiente (de nivel alto a bajo): Polonia, Hungría, Checoslovaquia (hasta diciembre 31 de 1992), Bulgaria y Rumania (los autores excluyen a la República Democrática Alemana y a Albania).

Utilizando no sólo los instrumentos desestabilizadores más característicos, como las huelgas y las manifestaciones, sino también los menos comunes, como el poder ejecutivo, la sociedad civil polaca obstaculizó sistemáticamente el apropiado funcionamiento de las instituciones representativas —tales como un sistema de partidos estable y un Estado capaz—. En aquellos momentos una atmósfera de reconciliación nacional parecía representar un estorbo para los intereses de las cúpulas sindicales y otros liderazgos influyentes de la sociedad civil, los cuales habrían de lograr, con el paso del tiempo, una generosa representación en el Congreso, además de llegar a ocupar un gran número de puestos públicos del más alto nivel. La agitación social y política obligaba al gobierno a concentrar sus esfuerzos en la tarea de contener las protestas masivas contra la reforma económica y en evitar la conversión de múltiples luchas políticas en violencia generalizada, antes que en buscar el fortalecimiento de las nuevas instituciones democráticas.

Por lo anterior, el caso polaco parece útil para explorar las condiciones en las que la relación positiva entre sociedad civil y democracia es menos obvia de lo que se presume. En términos generales, mi argumento central es el siguiente: el desarrollo político de Polonia entre 1989 y 1995 revela que la preexistencia de una “sociedad civil vigorosa” puede ser un factor adverso para las posibilidades de una institucionalización democrática rápida y efectiva. Una sociedad civil en extremo beligerante y conducida por líderes carismáticos, profesionales de la resistencia civil, como la polaca de 1989 a 1995, puede retardar la llegada de las instituciones democráticas, trayendo en su lugar incertidumbre e inestabilidad políticas. En concreto, la unificación y posterior faccionalización del movimiento de Solidaridad, la intensa y prolongada movilización de sus organizaciones contra las instituciones estatales, la preeminencia de la ideología “antipolítica” entre sus activistas más destacados, y el acceso de la dirigencia de Solidaridad a la conducción de los poderes ejecutivo y legislativo, complicó enormemente la institucionalización de un sistema de partidos y de un Estado democrático. En suma, Polonia nos muestra que un tipo de sociedad civil ubicada en un tipo de contexto político puede representar un serio obstáculo para la manufactura de un sólido régimen democrático.

La implicación última de este argumento no debe ser el descrédito de la sociedad civil como promotor *potencial* de la democracia. Más bien, su intención es alertar a aquellos observadores políticos que anuncian apresuradamente el establecimiento de una democracia tan pronto

perciben la presencia de una sociedad civil políticamente activa.³ Como ha advertido Stepan (1986, pp. 78-79), cuando “la quiebra de un régimen tiene lugar bajo el liderazgo de la sociedad” debemos considerar el evento “un mero proceso de cambio de gobierno, más que un avance democrático, el cual tiene grandes probabilidades de acabar constituyéndose en un nuevo régimen autoritario”. En relación con Polonia, una nación en la que las fuerzas de la oposición “parecen tan autoritarias como el régimen político mismo” (Przeworski, 1986, p. 61), la observación de Stepan parece pertinente.

1. Un vistazo a la teoría: la relevancia de una sociedad civil pluralista, un sistema de partidos estable y un Estado capaz para la institucionalización de la democracia

La institucionalización democrática involucra el logro de un conjunto de actitudes y comportamientos de la ciudadanía que sirvan de soporte al armazón de reglas y organizaciones que constituyen un régimen democrático (Gunther, Puhle y Diamandouros, 1995, pp. 3, 7). Después de su fundación, la estabilidad y el perfeccionamiento de la democracia resultan en gran medida de la colaboración y complementariedad que existan entre una sociedad civil pluralista, un sistema de partidos estable y un aparato estatal capaz de aplicar la ley y responder, en el ámbito de la política pública, a las demandas más sentidas de los ciudadanos. Dos puntos son especialmente relevantes para el argumento central que presento en este artículo: primero, el pluralismo debe ser el rasgo esencial de la topografía organizacional de la sociedad civil; y en segundo término, la colaboración y la complementariedad deben caracterizar las relaciones entre la sociedad civil y el Estado, y entre la sociedad civil y los partidos políticos.

Una sociedad civil pluralista es una noción que consiste en dos conceptos comúnmente considerados inseparables pero que no se implican mutuamente: *sociedad civil y pluralismo*.⁴ “Sociedad civil” es una

³ Varios estudiosos sociales han alertado contra el error de tomar cualquier signo de independencia, o de independencia potencial, contra el poder estatal, como evidencia *prima facie* de la presencia de una sociedad civil alentadora de la democracia (véase, por ejemplo, Chamberlain, 1993, pp. 212-213; Fish, 1995, p. 59, y Di Palma, 1991b, p. 23).

⁴ Los analistas políticos frecuentemente confunden sociedad civil y pluralismo. Gunther, Puhle y Diamandouros (1995, p. 401) dicen, por ejemplo: “la relativa ausencia de *pluralismo* o, en otras palabras, *la debilidad de la sociedad civil* [...]”. En esta frase aparecen dos confusiones comunes en la literatura sobre democratización: en primer lugar, como mencioné anteriormente,

frase que denota simultáneamente un conjunto de asociaciones u organizaciones voluntarias, y un tipo de moralidad pública.⁵ En este artículo, utilizaré “sociedad civil” en el primer sentido: como un conjunto de asociaciones voluntarias *relativamente* autónomas del Estado y de la sociedad,⁶ que actúan colectivamente en la persecución de sus intereses.⁷ Así, la sociedad civil es solamente un segmento (a veces grande, a veces más bien pequeño) de la sociedad toda. El amplio abanico de objetivos que la sociedad civil persigue incluye típicamente el ejercicio de influencia en la política y la opinión públicas, pero excluye

la confusión entre sociedad civil y pluralismo; y en segundo lugar, la creencia de que el pluralismo se relaciona positivamente con la “fuerza” de la sociedad civil. Como trataré de aclarar en las páginas siguientes, desde 1980 hasta 1991 Polonia tuvo una sociedad civil fuerte con bajos niveles de pluralismo. De manera inversa, después de las elecciones de 1991 y la simultánea fragmentación de Solidaridad, el nivel de pluralismo de la sociedad civil aumentó marcadamente, mientras su fortaleza disminuyó.

⁵ Sociedad civil es una “moralidad pública” porque designa un conjunto de principios generales que representan una concepción distintiva de la vida “correcta” o “buena”, la cual deriva de ciertos *ideales* de la conducta humana. Porque “sociedad civil”, como idea o aspiración, ha desempeñado un papel muy importante en la política polaca, parece conveniente abundar un poco sobre este lado normativo del concepto. Varias escuelas de teoría política discrepan en torno a los ideales que una comunidad política debe perseguir y, por lo tanto, hay varias concepciones de lo que implica una sociedad civil “genuina”. A este respecto, distingo cuatro diferentes escuelas: la liberal (véase Dahl, 1982; Gellner, 1991), la comunitaria (véase Walzer, 1995; Putnam, 1993; Tarrow, 1994), la republicana (véase Elshaint, 1995; Shils, 1991; Havel, 1995), y la posmarxista (véase Cohen y Arato, 1992; Offe, 1990). Esta última ha sido claramente la más influyente en Polonia, por lo menos desde mediados de los setenta —cuando los intelectuales disidentes fundaron el Comité de Defensa de los Trabajadores (KOR), el predecesor de Solidaridad—. Los posmarxistas subrayan la importancia de la “movilización” dentro de la sociedad civil y alertan sobre los peligros de la “desmovilización” a los que la institucionalización política puede dar lugar. En su opinión, la sociedad civil, en lugar de las instituciones políticas (*e.g.* los partidos políticos, el Estado), es el “principal *locus* para la expansión potencial de la democracia”. Los posmarxistas son lectores asiduos de Hegel, Marx, Gramsci y Habermas (véase Cohen y Arato, 1992; Offe, 1990). Algunas implicaciones negativas de esta influyente versión de la sociedad civil fueron mencionadas por Reinhard Bendix hace unos años. Para él, la noción posmarxista “sirve para legitimar movimientos de protesta más o menos anárquicos contra la economía de mercado y la desigualdad, contra el parlamentarismo y los derechos formales” (Bendix, 1990, p. 149). Análogamente, Tamás (1994) también ha criticado vigorosamente las connotaciones de la idea de la “sociedad civil” entre los académicos y los intelectuales de Europa del Este.

⁶ *Sociedad* y *sociedad civil* son dos asuntos distintos. El adjetivo “civil” se refiere a atributos morales y organizacionales que pueden llegar a encontrarse en tensión. Desde el dominio de la filosofía moral, “la virtud de la sociedad civil” —ha escrito Edward Shils (1991, p. 16)— “es su aptitud para moderar intereses particulares, personales o parroquiales y dar preeminencia al bien común”. En contraste, sociólogos y politólogos han enfatizado como características decisivas de la sociedad “civil” su capacidad para la autoorganización, el carácter voluntario de sus asociaciones, y la relativa autonomía del Estado. Curiosamente, cuando el analista político contemporáneo piensa sobre cómo funciona la sociedad civil, su referencia empírica más común es la sociedad civil de Estados Unidos, país que ha sido considerado “la completa sociedad civil, quizá, la única de la historia política” (Bell, 1989, p. 312). Otras posiciones cercanas a la de Bell pueden encontrarse en Curtis *et al.* (1992) y Lipset (1996).

⁷ Empero, las asociaciones u organizaciones civiles no sólo están involucradas en asuntos *privados* sino también en debatir y poner en práctica distintas versiones del interés *público* (Pérez-Díaz, 1993, p. 58). Las cursivas son mías.

la apropiación de puestos públicos (poder político formal). Un último señalamiento: la existencia de una sociedad civil no implica necesariamente movilización social. Como ha afirmado con razón Pérez-Díaz (1993, pp. 28-29), "los movimientos sociales son sólo una de las posibles manifestaciones de la sociedad civil". Concebir a la sociedad civil tan sólo como un agente de movilización social pierde de vista la capacidad de las asociaciones civiles para resistir con métodos alternativos la coerción y la indoctrinación de estados no democráticos. En Hungría, por ejemplo, las asociaciones civiles resistieron "silenciosa" pero eficazmente las acciones de un Estado totalitario (Szelenyi, 1988). En este caso, asociaciones que actuaron veladamente fueron enemigos poderosos de la homogeneización ideológica que el Estado trató de imponer.

Un alto grado de *pluralismo* es la primera condición necesaria de una sociedad civil que favorece a la democracia. Que la sociedad civil deba poseer una textura pluralista significa no sólo que debe contener una multiplicidad de asociaciones que sean no sólo relativamente autónomas entre ellas, sino en la que se observe un alto grado de dispersión del poder al interior de cada una de sus asociaciones componentes. De acuerdo con Dahl (1982, pp. 1, 11), tal multiplicidad de asociaciones no sólo es inevitable en una democracia (ellas surgen espontáneamente en un contexto de derechos y libertades individuales), sino que es un fenómeno deseable a causa de la "vitalidad" que infunde a la vida democrática. Entre las varias formas a través de las cuales la pluralidad de organizaciones promueve la democracia se encuentran las siguientes: primero, fortalecen la responsabilidad del gobierno ante los ciudadanos. Se supone que la sociedad civil debe seguir muy de cerca el ejercicio del poder por el gobierno y denunciar públicamente sus abusos o violaciones a la ley. Segundo, hipotéticamente, las asociaciones constituyen un sistema de controles recíprocos que evitan la preeminencia de los intereses particulares en la agenda pública. Tercero, la movilización de la sociedad civil ha sido en ocasiones un medio efectivo para socavar regímenes autoritarios, aunque también puede obstaculizar el rápido establecimiento de las instituciones democráticas. Cuarto, una sociedad civil pluralista "tenderá a generar una amplia variedad de intereses que al entrecruzarse mitiguen la polarización del conflicto político" (Diamond, 1996, p. 234). Aquí, las asociaciones civiles cooperan y negocian una con otra, y con el Estado, por lo que pueden ser un activo para gobiernos democráticos que promuevan, por ejemplo, reformas económicas. Así, la "legitimidad",

entendida como “consentimiento organizado” (Przeworski, 1986, p. 54), eleva la eficacia de los regímenes políticos.

Pero en algunos países las sociedades civiles pueden seguir pautas tanto de divisionismo interno como de confrontación sistemática a las acciones del Estado que pueden erosionar las posibilidades de una gobernanza democrática efectiva (Foley y Edwards, 1996, pp. 45-46). En este último caso la sociedad deja de representar un “contrapeso” al Estado para convertirse en un auténtico impedimento tanto para que un Estado democrático (incluido un sistema de partidos eficaz) desempeñe adecuadamente sus tareas más elementales, como para que el ala reformista de un régimen autoritario concrete exitosamente sus aspiraciones de cambio. ¿Qué factores pervierten el pluralismo de la sociedad civil para convertirlo en un agente de fragmentación social e inestabilidad política? Algunas condiciones generales no son difíciles de adivinar: polarización ideológica, extremas inequidades económicas, conflictos étnicos o —en el terreno institucional— cierto tipo de fórmulas para reglamentar la competencia electoral, por ejemplo. Pero para los propósitos de este artículo es necesario subrayar una condición escasamente mencionada en la bibliografía de la ciencia política, que es de suma relevancia para entender la parcelación del terreno político en Polonia durante el periodo en estudio: el predominio de sindicatos extremadamente politizados y beligerantes en la sociedad civil. La estructura interna de los sindicatos, los esquemas que siguen para organizarse, relacionarse entre ellos y perseguir sus metas, además de su localización estratégica en los sistemas económico y político, distinguen a los sindicatos de otras asociaciones civiles. Sindicatos poderosos tienen bajo su tutela una elaborada red de organizaciones, lo que les permite conducir acciones de protesta o apoyo a lo largo y ancho del territorio nacional. Los sindicatos, a diferencia de cualquier otro tipo de asociación civil, pueden efectuar movilizaciones de larga escala y vulnerar los órdenes político y económico mediante protestas masivas o paros generales.

Una segunda condición que favorece la institucionalización de la democracia es la existencia de una relación de colaboración y complementariedad entre la sociedad civil y el sistema de partidos, y entre la sociedad civil y el Estado. Una de las principales causas de inestabilidad y desorden en un contexto de movilización civil y de participación política en expansión es el lento desarrollo de un sistema de partidos —lo que termina por debilitar al Estado— (Berman, 1996; Di Palma, 1991b; Huntington, 1968). Por ello, la rápida institucionalización de un

sistema de partidos puede considerarse una condición *sine qua non* para la existencia de una democracia estable (Lipset y Rokkan, 1967, pp. 91-94). Recientemente, Mainwaring (1997, pp. 5, 9) mencionó las cuatro características básicas de un sistema de partidos en una democracia institucionalizada: patrones regulares de competencia partidaria; extensa creencia entre líderes civiles y políticos de que los partidos son deseables e indispensables para la democracia; autonomía partidaria frente a los intereses de líderes independientes y ambiciosos políticamente (los partidos adquieren un *status* de independientes y son valorados por lo que ellos representan en sí mismos); y escasas probabilidades de triunfo para candidatos apartidistas o antipartidistas en las elecciones. Estas dos últimas condiciones subrayan el hecho de que la institucionalización del sistema de partidos no avanzará mientras éstos sean meros instrumentos de líderes o camarillas. En democracias maduras son excepcionales aquellos casos en los que candidatos apartidistas o antipartidistas atraen un porcentaje significativo del voto. Donde los ciudadanos tienen vínculos con los partidos, los candidatos independientes pierden las elecciones.

Para que la institucionalización democrática se realice con éxito, es de gran importancia la "complementariedad" (Hirst, 1995, p. 91) y la colaboración entre asociaciones civiles y partidos políticos. Los partidos estructuran y organizan la participación política, y pueden llegar a afectar su tasa de crecimiento. Cuando la participación política no se institucionaliza a través de partidos políticos, "la inestabilidad política puede aparecer" (Huntington, 1968, pp. 55, 401). Además, sin partidos el Estado carece de medios institucionales para generar una transformación democrática sostenida y para absorber el impacto de dicho cambio, por lo que la capacidad del Estado "para modernizar políticamente queda drásticamente acotada" (Huntington, 1968, p. 404). En última instancia, a menudo una estrategia exitosa de la sociedad civil para perseguir sus intereses políticos se inicia con una política de alianzas con los partidos políticos más influyentes o con la búsqueda de aliados en el Congreso. Si, como suele sostenerse, el principal oficio democrático de la sociedad civil es actuar de manera organizada como contrapeso al Estado, entonces la sociedad civil necesita los partidos para cumplir con eficiencia esta tarea.

En tercer lugar, una relación mutuamente solidaria entre el Estado y la sociedad civil es ventajosa para la institucionalización de un régimen democrático. El Estado, entendido aquí simplemente como un sistema de organizaciones con facultad y poder de coacción, regula no

sólo la interacción entre la sociedad civil y las instituciones democráticas, sino también las relaciones que tienen lugar en el interior de la misma sociedad civil. Con su “poder infraestructural”, como explica Mann (1984, p. 189), el Estado implementa decisiones de naturaleza diversa en la esfera civil.⁸ Así pues, la autonomía de la sociedad civil frente al Estado está lejos de ser total. De hecho, uno de los principales factores que debilitan a la sociedad civil es “la anemia y la mala administración de las instituciones del Estado”. Un Estado endeble es incapaz de estimular la competencia pluralista en el interior de la sociedad civil (Fish, 1996, p. 265). En cambio, un Estado que cuente con un *consenso organizado* (i.e. legitimidad, como la definimos anteriormente) es capaz de mediar entre las asociaciones civiles y equilibrar sus demandas. Si el Estado es rebasado constantemente por la movilización de grupos de ciudadanos, o si en el interior del Estado hay antagonismos entre las agencias administrativas o entre los poderes, las capacidades del Estado pueden degenerar progresivamente hasta el punto en que se produzca “una quiebra de las instituciones civiles” o se engendren “patrones de organización de intereses que sean radicalmente distintos de aquéllos asociados con una sociedad civil [pluralista]” (Fish, 1996, p. 265). Cuanto más debilitado se encuentre el Estado, mayor será la probabilidad de que lo paralicen asociaciones civiles bien organizadas, entrenadas para la confrontación, lo cual afectará negativamente el proceso de institucionalización democrática.⁹ Por lo anterior, una sociedad civil prodemocrática presupone la existencia de un tipo particular de Estado; un Estado con capacidad de negociación, al mismo tiempo que eficaz en la aplicación de leyes y en la protección de los derechos individuales.

⁸ Parece necesario enunciar claramente este punto: la sociedad civil no es una entidad “autosuficiente”; para existir requiere la acción estatal (Walzer, 1995, p. 21). No debemos olvidar que la sociedad civil opera “dentro de un marco legal [que procura] mantener el conflicto bajo ciertos límites, incitando la adherencia a acuerdos, e imponiendo sanciones” (Shils, 1991, pp. 15-16). Además, el Estado protege a la sociedad civil haciendo respetar sus derechos para organizarse en caso de que éstos sean violados. A pesar de la importancia del Estado para el funcionamiento apropiado de la democracia, en Europa del Este la lucha contra los regímenes socialistas llevó a que algunos disidentes rechazaran la existencia misma del Estado y pidieran a los ciudadanos invertir sus energías en tareas de asociacionismo civil exclusivamente. Esta fue la opinión, por ejemplo, del disidente húngaro George Konrad, autor de *Anti-Politics* (1984), para quien la sociedad civil era una alternativa al Estado. Como se verá más adelante, el argumento de Konrad ejerció gran influencia en los liderazgos de la sociedad civil polaca contemporánea.

⁹ En un trabajo provocativo y estimulante, Joel S. Migdal (1988) ha trabajado esta línea de análisis.

2. Sociedad civil e institucionalización democrática en Polonia

2.1. La evolución política de Polonia durante el socialismo

Un breve análisis de algunos de los principales rasgos de la sociedad civil polaca, y la conexión entre el Estado y la sociedad civil bajo el socialismo, es indispensable para entender la accidentada dinámica que cobró la relación entre sociedad civil e institucionalización democrática después de 1989. Fue en la década de 1970 cuando grupos de obreros disidentes del sector industrial aparecieron en Polonia. Los trabajadores militantes impulsaron un movimiento social de alcance nacional que sería conocido posteriormente como Solidaridad, el cual rápidamente se convirtió en el receptáculo de otro tipo de asociaciones civiles enemigas del régimen socialista. En los años de lucha abierta entre la sociedad civil y el Estado socialista, los atributos organizacionales e ideológicos de Solidaridad fueron eficaces para erosionar la legitimidad de aquél. Sin embargo, en el periodo subsecuente, cuando el rápido establecimiento de un sistema de partidos y de un Estado representativo era una necesidad imperiosa, estos mismos atributos se convirtieron en un obstáculo mayor.

En Polonia el régimen socialista fue menos represor de la sociedad civil que en otros países de Europa del Este. Tres factores estructurales limitaron la acción del Estado. El primero fue que la agricultura no estaba colectivizada. Setenta por ciento de las tierras era propiedad privada trabajada en pequeñas parcelas de menos de 15 hectáreas. Esta condición elevó los costos de reprimir campesinos, pues no existía una fuente alternativa de productos agrícolas. El segundo factor era la impetuosa presencia de la Iglesia católica. Esta institución y sus organizaciones sociales coexistieron con los gobiernos socialistas y lograron mantener su autonomía frente al Estado. Tanto el campesinado como la Iglesia fueron favorecidos por los ajustes institucionales y las concesiones que caracterizaron la desestalinización.¹⁰ Finalmente, había un par de factores que permeaban la cultura política: la oposición política en Polonia tiene una historia tortuosa pero relativamente exitosa (Seleny, 1996, p. 2), y el marxismo nunca arraigó profundamente en la conciencia colectiva (Frentzel-Zagorska, 1990, p. 762). En conjunto,

¹⁰ Otros grupos que se beneficiaron con las concesiones fueron los artistas, los jóvenes y los intelectuales (Ekiert, 1995, p. 950).

estas condiciones permitieron a la sociedad civil neutralizar las acciones más represivas del régimen, y repeler exitosamente la penetración de su ideología.

En los tempranos setenta, la disidencia obrera inició un activismo político y social al cual pronto se unieron numerosas organizaciones campesinas, intelectuales, juveniles y artesanales.¹¹ Los trabajadores polacos, a diferencia de lo que sucedía en el resto del bloque soviético, eran capaces de defender su nivel de vida mediante huelgas y manifestaciones.¹² Ellos empezaron a utilizar sistemáticamente la huelga como un mecanismo eficaz para expresar sus demandas más urgentes: autonomía sindical y mejoras en las condiciones económicas de los obreros. Sin embargo, pronto fue evidente que la autonomía sindical no sería posible sin cierto grado de liberalización política. Sin reformas en esta dirección la comunicación entre los miembros de los sindicatos era casi nula, además de que no podrían presentar y justificar sus demandas de modo regular (Przeworski, 1988, p. 77). Mientras tanto el movimiento social, iniciado por los obreros, continuó atrayendo a muchas otras asociaciones civiles. Trabajadores calificados y no calificados, agricultores, profesionistas, intelectuales y hasta administradores de empresas, todos buscaban la manera de unirse a movimientos disidentes, los cuales adquirieron una composición heterogénea. Organizaciones independientes de acuerdo con "intereses de clase" no tenían ningún sentido en Polonia, pues el socialismo había suprimido la "autonomía de las clases" (Ost, 1995, p. 192). El resultado fue, en conjunto, la aparición de un movimiento social de vastas dimensiones, con un importante componente sindical.

Inmediatamente después de que el movimiento opositor empezó a organizarse, los intelectuales disidentes diseñaron un credo político llamado "antipolítica". Esta nueva *doxa* política suministró a la oposición una plataforma ideológica común; además, sus lineamientos de acción dotaron de dirección al movimiento y lo cohesionaron. La antipolítica consideraba que combatir la represión del Estado era una

¹¹ El hecho de que, típicamente, los obreros sean la primera y más grande fuerza para organizarse autónomamente, "no es un accidente", de acuerdo con Adam Przeworski. Los lugares de trabajo son, junto con los mercados (el bazar), los lugares donde la gente se reúne sin vigilancia policiaca. Además, los derechos políticos son necesarios para los trabajadores si desean luchar efectivamente por sus intereses económicos. Así, los obreros organizan sindicatos autónomos y los sindicatos abanderan demandas políticas, lo que los coloca a la vanguardia de la lucha por la democracia (Przeworski, 1988, p. 63).

¹² Durante la era socialista, Polonia tuvo sus principales "olas de protesta" en 1970, 1976, 1979, 1980 y 1988.

“obligación moral”, y proponía un tipo peculiar de lucha como base de su estrategia. La idea básica era que los ciudadanos auténticos deberían estar guiados por el valor de la “verdad”, un valor absoluto, no negociable. Además, el concepto de democracia inscrito en la doctrina era utópico; en él los ideales de autogobierno y participación política directa recibían gran atención (Havel, 1990; Michnik, 1985 [1976]). De acuerdo con esta doctrina, en una sociedad democrática auténtica el ciudadano responsable persigue sus intereses sin la mediación de partidos políticos o agencias gubernamentales. La “antipolítica” concibe a la sociedad civil como fuente de virtud y considera a los partidos políticos y a las instituciones públicas medios innecesarios para el ejercicio rutinario del poder (Schöpflin, 1994, p. 130; Hann, 1996, p. 23). Finalmente, la sociedad civil era entonces entendida no sólo como una entidad ajena al Estado sino como un agente antiestatal.

Solidaridad, una federación de sindicatos y un movimiento de liberación, nació en 1980 como resultado de un acuerdo entre el gobierno y un grupo de huelguistas. Un año más tarde, Solidaridad se convirtió en un ente sancionado legalmente con alrededor de diez millones de miembros. Solidaridad era una extensa federación de sindicatos que mantenían fuertes lazos con otros grupos disidentes —campesinos, intelectuales, estudiantes, y la Iglesia—. Su estrategia política estaba en sintonía con la ideología antipolítica. A finales de 1981, la ley marcial fue impuesta por el gobierno de Jaruzelski, pero el movimiento de resistencia civil que había echado a andar Solidaridad, aunque disminuido, continuó de modo subterráneo. En los años siguientes Solidaridad consolidó una buena imagen en el extranjero —especialmente en Europa Occidental y los Estados Unidos— con el apoyo de la Iglesia católica —y eventualmente del papa Juan Pablo II—. A pesar de ser perseguida (o quizá por ello mismo), Solidaridad mantuvo su unidad en estos años. Durante el verano de 1988, los trabajadores se levantaron en huelga una vez más, y el año siguiente Jaruzelski anunció que su gobierno tenía interés de buscar la conciliación mediante el diálogo y hasta habló de la posibilidad de una alianza con Solidaridad. La desintegración del régimen socialista fue abrupta y sucedió cuando pronunciadas divisiones empezaron a gestarse en la elite gobernante. Por su parte, la sociedad civil había iniciado una fase de intensa movilización, y los vínculos entre el gobierno y su base social eran escasos y frágiles.

2.2. La sociedad civil y la democracia en Polonia de 1989 a 1995

Las características estructurales de la sociedad civil polaca —de Solidaridad, en particular, su asociación más representativa y poderosa— y los conflictos que caracterizaron su relación con el sistema de partidos así como con el Estado impidieron forjar de 1989 a 1995 lo que ha sido llamado un “consenso democrático” (Gunther *et al.*, 1995, p. 8) en Polonia. En las calles como promotor activísimo de huelgas y protestas, en el Estado como liderazgo autoritario, en la arena electoral como conjunto faccioso de grupos políticos, en el Congreso como bancada ingobernable, Solidaridad boicoteó sistemáticamente posibles acuerdos entre las fuerzas políticas. El resultado fue confrontación social, anemia estatal, gobierno dividido y fragmentación del sistema de partidos; en suma, estancamiento político.

2.2.1. La anatomía de una sociedad civil autoritaria

De 1989 a 1995, la sociedad civil polaca exhibió cuatro rasgos que la distinguen de las sociedades civiles de democracias institucionalizadas. En primer lugar, el segmento más amplio de la sociedad civil no se caracterizó por su pluralismo. Pasó de ser una estructura organizacional “sobreunificada” (Cohen y Arato, 1992, p. 67) a convertirse en una franja social excesivamente pluralista y facciosa (Wesolowski, 1992). En segundo lugar, la sociedad civil estuvo guiada por líderes que no sólo intentaban ejercer influencia sobre el gobierno sino que pretendían erigirse como gobierno mismo. Como Kloc (1994, p. 125) dice, Solidaridad fue un movimiento social con claras ambiciones políticas. En tercer lugar, la sociedad civil polaca, a diferencia de otras, estuvo en estado de movilización permanente. Por último, las asociaciones civiles seguían los preceptos ideológicos de la “antipolítica”, los cuales reñían con aquéllos de la civilidad democrática —conjunto de atributos normativos que una sociedad “civil” debe poseer en una democracia—. De la “antipolítica” derivó una “subcultura cuasi-profesional de resistencia” (Karpinski, 1997b, p. 17) cuyos postulados enunciaban como propósito general la vulneración de las instituciones políticas formales.

Ahora es necesario analizar sucintamente cada uno de estos cuatro factores. Primero, una breve descripción de la arquitectura organizacional de la sociedad civil polaca. Cuando el socialismo terminó formalmente en 1989, la sociedad civil no era precisamente “pluralista” en el

sentido estricto de la palabra. Más bien estaba integrada por movimientos unificados y unificadores tales como Solidaridad,¹³ cuyos miembros y consejeros tenían visibles dificultades para aceptar el pluralismo. De 1989 a 1993, de todas las asociaciones civiles, los sindicatos eran la fuerza que guiaba al movimiento. Había en Polonia 1 500 sindicatos (200 de los cuales eran nacionales) con una membresía total de 6.2 millones. El sector laboral estaba dominado por dos grandes organizaciones: Solidaridad, que tenía alrededor de 2.5 millones (Kolarska-Bobinska, 1990, p. 277), y el OPZZ (integrado por las anteriores federaciones de sindicatos socialistas), el cual perdió cerca de la mitad de sus miembros —dos millones de obreros— después de 1989.

Una segunda característica poco común de la sociedad civil polaca fue la súbita conversión de su dirigencia en la elite gobernante del país. La repentina apropiación del poder político formal por parte de Solidaridad es un raro hecho histórico, en el que podemos apreciar cómo un tipo de sociedad civil puede actuar “desde arriba” —y no sólo “desde abajo”, como se señala tradicionalmente—. Algunos efectos de la inserción de la sociedad civil en el aparato estatal, para decirlo de alguna manera, son analizados aquí a través de la actuación de Lech Walesa como presidente de Polonia. Éste es el momento para analizar algunos aspectos de esta figura emblemática de la sociedad civil polaca, “piedra de toque” entre los intereses de la sociedad civil y los intereses del Estado (Geremek, 1989, pp. 208, 278). Una premisa central de este artículo es que como presidente de Polonia, Walesa continuó conduciéndose como el líder combativo de un sindicato o de un movimiento de liberación.¹⁴ Durante sus cinco años como presidente, Walesa dedicó gran parte de su tiempo a sostener riñas con el primer ministro, el parlamento y los partidos políticos, por lo que se hizo de un récord difícil de superar: renuncias de cinco primeros ministros y una disolución del parlamento. Por supuesto que él no fue el único culpable de la inestabilidad política que caracterizó su periodo presidencial, pero su

¹³ De acuerdo con Cohen y Arato (1992, p. 67), “la polarización ha estado vinculada en Polonia a una sobreunificación de la sociedad civil en la que un solo movimiento ha sido el vehículo de intereses e identidades sociales heterogéneas que compiten entre sí, lo cual ha impedido el surgimiento del pluralismo social y político”.

¹⁴ Durante su periodo como presidente, las tensiones derivadas de desempeñar el papel ambivalente de jefe del ejecutivo y líder histórico de Solidaridad nunca desaparecieron. Probablemente una anécdota que tuvo lugar el 24 de abril de 1994 entre el presidente Walesa y un grupo de manifestantes ilustra este punto: un grupo informal de Solidaridad, Siec, organizó una manifestación en Varsovia contra la política económica del gobierno. “Las 70 000 personas que participaron en la marcha al palacio presidencial fueron recibidas por un bullicioso Lech Walesa quien proclamó que, en diferentes circunstancias, él se les hubiera unido” (EIU, 1992, 2, p. 7).

estilo de gobernar y algunas decisiones estratégicas que tomó durante su campaña electoral y a lo largo de su periodo presidencial exacerbaron el divisionismo en la clase gobernante, la incertidumbre en el proceso político y la debilidad de algunas instituciones políticas —de por sí frágiles.

Desde la celebración de las Mesas Redondas entre los líderes socialistas y los voceros de las organizaciones opositoras (de febrero a abril de 1989) hasta el término de su presidencia en 1995, Walesa implantó dos estrategias políticas. De 1989 a las elecciones parlamentarias de 1993, la estrategia de Walesa podría caracterizarse como de *divide et impera*, y mediante ella pretendía controlar grupos y facciones contenciosas. Pero como el panorama político fue tan radicalmente transformado con las elecciones de 1993, Walesa canjeó su anterior estrategia por otra que podríamos denominar “entre más caos, mejor”. Durante su carrera Walesa obtuvo varios éxitos políticos cuando solucionaba problemas que él mismo había creado de antemano. Éste fue el caso, por ejemplo, con potenciales huelgas de gran escala. Walesa permanecía indiferente a los emplazamientos de huelga o a las huelgas hasta que éstas se tornaban realmente amenazantes, momento en el que él decidía intervenir y dialogar con los obreros, prometiendo comúnmente una resolución favorable a sus demandas. Al final, el mensaje al público era claro: “la huelga finalizó gracias a la intervención del presidente Walesa”. Así, después del triunfo de los ex comunistas, Walesa estaba más deseoso que nunca de implementar su vieja estrategia y empujar el escenario político y el nuevo gobierno de izquierda al desorden, para intervenir después como un mediador imparcial, y finalmente aparecer ante la ciudadanía como su salvador. Para Walesa era la oportunidad de reafirmar sus credenciales anticomunistas oponiéndose a tantas decisiones del parlamento y de la jefatura de gobierno como fuera posible. Pero el anticomunismo de Walesa, una de sus principales armas políticas, se había depreciado considerablemente con el tiempo: en 1995 el comunismo ya no era la amenaza que solía ser y, además, un gobierno de coalición de orígenes comunistas había mostrado que podía ser razonablemente efectivo en mantener las reformas económicas, por ejemplo. Así pues, durante sus últimos dos años en la presidencia, la popularidad de Walesa permaneció muy baja.¹⁵ Además,

¹⁵ De acuerdo con una encuesta del Centro de Servicio de Opinión Pública (CSOP) a principios de 1995, 48% de los ciudadanos polacos “no confiaban en Walesa”, mientras 34% expresó confianza en el presidente. Para ese año Walesa ya ocupaba uno de los últimos lugares en la lista de los líderes políticos más populares del país.

sus tácticas de confrontación lo distanciaron de partidos políticos y de organizaciones sociales que podrían haberlo apoyado en su intento por reelegirse. Inmediatamente después de su derrota en las elecciones presidenciales de 1995, Walesa regresó a coordinar, con Solidaridad y la Iglesia, una protesta masiva contra supuestas faltas que sus opositores habían cometido en las elecciones.

Una tercera característica de esta peculiar sociedad civil era su capacidad para sostener movilizaciones continuas. A lo largo del periodo en estudio, el gobierno polaco enfrentó sin una estrategia definida la agitación laboral generalizada. La sociedad civil, con su legado de lucha y protesta colectivas, era proclive a desafiar al gobierno mediante huelgas y manifestaciones (Ekiert, 1995, p. 953). Por ejemplo, de 1989 a 1994, los eventos de protesta (huelgas, mítines, manifestaciones, etcétera) fueron doblemente frecuentes en Polonia en comparación con Hungría.¹⁶ El activismo social desbordó los canales institucionales, y las protestas y boicots a las decisiones gubernamentales se convirtieron en un método ordinario de participación política. Más que una sociedad civil, la polaca semejava una “sociedad movediza” (Fish, 1995, p. 62) —esto es, “una miriada de campañas políticas de corte apocalíptico que interactuaban entre sí”.

Entre los obreros, la huelga fue institucionalizada como el medio más efectivo para expresar oposición política. Después de 1989, la competencia entre los sindicatos se exacerbó, lo que trajo consigo una escalada de huelgas y protestas.¹⁷ Las protestas de los campesinos al iniciar la primavera de 1990 fueron radicalizándose al grado que muchas de ellas fueron consideradas “simplemente infracciones a la ley” (Cirtautas y Mokrzycki, 1993, pp. 813-814). Durante el primer trimestre de 1991 el gobierno enfrentó una presión cada vez mayor de sus bases para alterar su política económica, y durante el verano y el invierno de 1992 el descontento en las zonas rurales entre mineros del carbón y del cobre y en algunas industrias del sector público (especialmente en los ferrocarriles) pareció “peligroso” por momentos (EUI, 1993, 3, p. 8). Durante la primera mitad de 1993 hubo mayor agitación laboral

¹⁶ De entrada, debe ser concedido que un factor que contribuyó grandemente a aumentar las proporciones de protesta social en Polonia fue que —en contraste con Hungría— el gobierno polaco decidió implementar una “reforma radical desde arriba”, sin una efectiva política social (Przeworski, 1995, pp. 142-149).

¹⁷ Como ha indicado Sidney Tarrow, las organizaciones que compiten por la misma base de apoyo “tratan de atraer más simpatizantes —y superar así a sus competidores— implementando tácticas más radicales” (Tarrow, 1991, p. 20, vía Ekiert y Kubik, 1997, p. 16).

que en el mismo periodo de 1992 —7 341 huelgas registradas, frente a 5 916—. El involucramiento de trabajadores del sector público (maestros y trabajadores del sector salud) en las olas de protesta fue en gran medida responsable del aumento de la agitación laboral en 1993 (EUI, 1993, 3, p. 8).

Después de las elecciones de 1993 el equilibrio de poder entre las dos principales federaciones de sindicatos se modificó. La OPZZ controlaba 63 curules dentro del más amplio grupo de la Izquierda Democrática Unida (SLD), y se formó un gobierno SLD-PSL. Mientras tanto, el sindicato Solidaridad (tan sólo una fracción del movimiento original) perdió sus 27 diputados después de las elecciones de septiembre, lo que lo convirtió en parte de la oposición extraparlamentaria una vez más (EUI, 1994, 1, p. 9). Los líderes del sindicato Solidaridad estaban deseosos de recuperar el prestigio político perdido, incluso a costa de los partidos de izquierda que estaban en el poder —SLD (Izquierda Democrática Unida), sucesor del partido comunista y PSL (Campesinos Unidos), sucesor de su satélite agrario—, y no perdieron oportunidad para explotar el descontento de los trabajadores en industrias que iniciaban una reestructuración (EUI, 1994, 2, p. 4). Así, protestas y huelgas promovidas por Solidaridad fueron frecuentes de abril a septiembre de 1994, y en los primeros meses de 1995. En abril de 1994, por ejemplo, los mineros de un enorme complejo de lignito en Belchatow iniciaron una huelga contra los planes de reestructuración. El liderazgo de Solidaridad rápidamente instigó esta disputa, la cual desencadenó huelgas en toda la industria del carbón.¹⁸

Solidaridad y los sindicatos derivados de esta organización (*e.g.* Solidaridad-80, el ala radical del Solidaridad original, o Solidaridad-NSZZ, el núcleo del sindicato Solidaridad) fueron, por mucho, los sindicatos más activos entre 1989 y 1995.¹⁹ Formalmente, la preocupación principal era presionar para un cambio en la política económica del

¹⁸ Un hecho análogo tuvo lugar en mayo de 1995, cuando Solidaridad organizó una manifestación que derivó de una huelga en la fábrica de tractores de Ursus, la cual terminó en violentos enfrentamientos entre la policía y quienes protestaban. En respuesta a esta demostración violenta, Leszek Balcerowicz, presidente del sindicato Libertad, ex asesor de Solidaridad y ex comunista, señaló que "Solidaridad está organizando a la gente contra las reformas y contra un Estado que ya es democrático. Está acercándose cada vez más a la violencia" (Orenstein, 1995, p. 29, *vía* *Gazeta Wyborcza*, 29 de mayo de 1995).

¹⁹ De acuerdo con Kloc (1994, p. 130), "sesenta por ciento de las huelgas durante 1992 fueron iniciadas por Solidaridad". Después de un tiempo este activismo afectó la popularidad de Solidaridad. En marzo de 1991, por primera vez, se encontraron signos de desaprobación al sindicato Solidaridad (la organización que levantaba las encuestas era COS), véase EUI, 1991, 2, p. 8.

gobierno. Sin embargo, estas sólidas organizaciones civiles raramente cumplieron con sus objetivos declarados. Sólo cuando las protestas eran apoyadas por instituciones políticas formales (*e.g.* partidos políticos) era más probable que tuvieran éxito. Esto fue evidente en la primavera de 1993, cuando Solidaridad protestó contra la política económica del gobierno de Suchocka —un gobierno formado por la coalición de siete partidos derivados de Solidaridad—. Esta campaña de protestas fue exitosa más allá de todas las expectativas: el primer ministro fue obligado a renunciar por una votación en el parlamento, iniciada en este caso por la bancada de Solidaridad.²⁰

La creciente combatividad y fuerza de Solidaridad y de sus organizaciones y movimientos derivados, cuyas acciones se volvieron cada vez mejor organizadas y coordinadas, más frecuentes y extensas en todos los sectores de la economía y en todas las regiones del país, puede verse como el resultado de dos procesos. Primero, la movilización contenciosa de los sindicatos se intensificó por la torpeza del gobierno para establecer un esquema efectivo de negociación. Segundo, el ritmo gradual de la privatización no erosionó el poder de Solidaridad, como se esperaba, mientras que la lentitud de las reformas y sus crecientes costos aumentaron la incertidumbre y el descontento social crearon un clima favorable a la protesta y reforzaron la cohesión de grupos disidentes (Wesolowski, 1995, p. 115).

Por último, el cuarto rasgo principal de la sociedad civil polaca era su alto nivel de ideologización. La doctrina antipolítica predominaba en la gran mayoría de las asociaciones. Después de las elecciones de 1989 las condiciones estructurales en las que los preceptos antipolíticos habían sido un medio válido para la acción política desaparecieron, pero la ideología permaneció. Numerosos líderes políticos continuaban atacando al Estado según las premisas normativas y estratégicas de ese credo. Así, las negociaciones entre los actores políticos comúnmente degeneraban en discusiones sin salida acerca de los mejores métodos para defender valores absolutos no negociables. Las rutinas institucionales, la intermediación y la negociación, el acuerdo político, eran con frecuencia enunciadas peyorativamente por los líderes civiles.

La antipolítica no era meramente la ideología de las elites. Sus principios doctrinarios permeaban la cultura política nacional. A prin-

²⁰ La idea de que la "eficiencia política" de las protestas sociales aumenta si éstas son apoyadas por instituciones políticas formales —tales como los partidos políticos— ha sido apuntada por Sidney Tarrow (1989, p. 334).

cipios de los noventa, Polonia poseía las calificaciones más altas en la región en tres indicadores clave de “antipolítica autoritaria”: la disposición para aprobar la disolución de los partidos y el parlamento, la preferencia por un sistema de partido único, y su aprobación para que el mando político del país recayera en un “hombre fuerte”.²¹ Estos indicadores constituyen una concepción de la actividad política que es antitética de aquello que la teoría democrática mantiene como los principios del buen gobierno y que, además, es contraria a lo que implica la civilidad democrática como conjunto de actitudes y comportamientos: moderación, respeto por la ley e inclinación para utilizar el diálogo y la negociación como medios idóneos para la resolución de disputas. La ausencia de civilidad “introduce un efecto desestabilizador en las instituciones” (Shils, 1991, pp. 11, 13), un efecto que es similar a los que la antipolítica conlleva como código moral para la acción política.

Una última convicción de los “antipolíticos” activistas civiles que demostró ser dañina para las instituciones democráticas fue su apego a nociones tales como una república autogobernable en la esfera política y una empresa autoadministrable en la esfera económica. Su concepto de democracia estaba claramente relacionado con la participación directa en lugar de la representación (Cirtautas y Mokrzycki, 1993, p. 806). Poco después de la celebración de las Mesas Redondas, los líderes de Solidaridad defendieron la idea de una “sociedad civil democratizadora”, la cual dirigía la atención a “movimientos e iniciativas extrainstitucionales” (Cohen y Arato, 1992, p. 17). Así, la futura elite gobernante estaba convencida de que sería posible crear en Polonia un “nuevo modelo” de democracia sin partidos políticos, fundada en la sociedad civil independiente que surgió en los setenta y los ochenta, y que estaba reflejada institucionalmente en el movimiento de los Comités Ciudadanos de Solidaridad (ccs) (Osiatynski, 1997, pp. 68-69).

²¹ Como muestran las encuestas, había un amplio consenso en la sociedad civil acerca de la necesidad de un liderazgo fuerte. En una investigación que abarcó toda Europa Central, los encuestadores preguntaron a los ciudadanos si aprobaban el mandato de un hombre fuerte. En Polonia, 39% de los encuestados respondieron afirmativamente. También se les preguntó si aprobaban la disolución de los partidos y el parlamento. En Polonia, 40% respondieron afirmativamente (vía Linz y Stepan, 1996, p. 285).

2.2.2. La sociedad civil y el sistema de partidos

¿Cómo un país con tan altos niveles de capital organizacional (reflejados en esa especie de deporte nacional en que se convirtió el asociacionismo civil durante los ochenta) no fue capaz de establecer un sistema de partidos efectivo en un nuevo contexto de libertades civiles plenas? La respuesta a esta pregunta debe referirse, en primer lugar, a dos atributos de las organizaciones independientes que las hicieron reacias a formar parte de un sistema de partidos. Primero, estas organizaciones tendían a formar un bloque altamente unificado cuando enfrentaban a un “enemigo común”, pero eran proclives a una extrema fragmentación una vez que este “enemigo común” desaparecía. Segundo, estas organizaciones heredaron la ideología “antipolítica” de Solidaridad de principios de los ochenta. En segundo lugar, otros dos componentes clave de la respuesta estriban en los impedimentos que enfrentó para institucionalizarse la fuerza política (casi un partido) más prometedora de la Polonia postsocialista —los llamados Comités Ciudadanos de Solidaridad (ccs)—, y en algunas decisiones cruciales del liderazgo de Solidaridad —de Lech Walesa en particular—. La peculiar manera en que los legados organizacionales e ideológicos interactuaron con las acciones y decisiones de la cúpula de Solidaridad en estos años colocaron a Solidaridad en la ruta de “la política sin partidos”.

¿Cómo los legados del viejo régimen, hondamente arraigados en las organizaciones de Solidaridad, afectaron la institucionalización del sistema de partidos? El catalizador que hizo evidentes las debilidades organizacionales de Solidaridad fue la multiplicación de divisiones en su liderazgo. Estas divisiones empezaron a ser visibles durante la celebración de las Mesas Redondas de 1989 (Osiatynski, 1996, p. 34). Aun cuando los líderes de Solidaridad creían que el movimiento tendría mayor poder instrumental si permanecía unificado en lugar de fragmentarse en varios partidos, el proceso de formación de partidos empezó a tener lugar de manera espontánea (no planeada) debido, en gran medida, a las animosidades entre los líderes de Solidaridad. Con el enemigo derrotado,²² y sin competidores visibles, las personalidades políticas de Solidaridad tenían ahora incentivos para competir unas con otras. Las rupturas persistieron después de que varios líderes de Solidaridad se convirtieron en parlamentarios y en servidores públicos en varias áreas de la nueva administración, por lo que decidieron

²² La disolución formal del Partido Comunista ocurrió en enero de 1990.

abandonar el movimiento. Las tendencias fragmentadoras se acentuaron después de las elecciones parlamentarias de 1990 y 1993. Solidaridad no contaba con mecanismos efectivos para la resolución de conflictos internos (Stark, 1992, p. 302), los cuales son indispensables al entrar en una fase de negociaciones. Los pactos sucesivos que el movimiento hizo con otras fuerzas políticas deterioraron considerablemente su cohesión interna y disminuyeron la eficacia de sus armas preferidas: la capacidad de movilización y la superioridad moral.

Walesa presionó para unas elecciones parlamentarias anticipadas, las cuales se realizaron en octubre de 1991. Siguiendo su doble ejemplo (primero, competir por un puesto de elección popular como candidato sin partido; segundo, fundar un partido con el único propósito de perseguir sus intereses políticos), los líderes civiles desarrollaron una actitud ambivalente hacia los partidos: aunque éstos tipificaban la "perversidad de la política", también eran considerados indispensables para alcanzar objetivos políticos. En consecuencia, una constelación de grupos políticos derivados de Solidaridad (cuasipartidos) empezaron a proliferar. Los diputados de Solidaridad no estaban afiliados al mismo partido político, pero en conjunto formaron una mayoría relativa en el primer parlamento electo después de cuatro décadas. Polonia adoptó una ley de representación proporcional y 111 partidos participaron en el proceso electoral (Ekiert y Kubik, 1997, pp. 11-12). Después de las elecciones, la distribución de curules en el *Sejm* se dio como se observa en el cuadro 2.

Entre 1991 y 1993 el parlamento polaco estaba constituido por 29 facciones políticas, de las cuales sólo unas pocas mantenían vínculos genuinos con algún sector de la sociedad.²³ Estos "partidos" eran incapaces de encauzar demandas o articular fuerzas sociales. También carecían de un programa económico y político. En conjunto, los partidos derivados de Solidaridad en el parlamento (UD, WAK, el PC, KLD, el sindicato Solidaridad, y Solidaridad rural) poseían alrededor de 47% de los votos, y durante este periodo se suscitaron más divisiones en el

²³ En Polonia, los lazos entre la sociedad civil y el sistema de partidos eran extremadamente débiles. Los partidos del viejo régimen eran los que poseían vínculos más fuertes con el electorado (e.g. el partido de los Campesinos Unidos). Este partido representaba los intereses de los agricultores durante el comunismo. La Izquierda Democrática Unida también tenía apoyo de las organizaciones sociales, pero su vínculo con los obreros no era directo sino que dependía excesivamente del OPZZ, su principal aliado en el gobierno. Por otra parte, virtualmente todos los partidos formados después de 1989 fracasaron en construir organizaciones estables y duraderas que atrajeran una base mínima de militantes: el más grande de ellos, la Union Libertad, tenía alrededor de diez mil miembros y no existía fuera de las grandes ciudades.

Cuadro 2. Resultados de las elecciones parlamentarias de 1991

	Votos (porcentaje)	Curules (número)	Curules (porcentaje)
UD (derivado de Solidaridad)	12.3	62	13.5
SLD	12.0	60	13.0
WAK (derivado de Solidaridad)	8.7	49	10.7
PC (derivado de Solidaridad)	8.7	44	9.6
PSL	8.7	48	10.4
KPN	7.5	46	10.0
KLD (derivado de Solidaridad)	7.5	37	8.0
PSL-PL	5.5	28	6.1
Solidaridad (derivado de Solidaridad)	5.1	27	5.1
Otros 20 grupos, entre ellos:			
UPR	2.3	3	0.7
Partido X	0.5	3	0.7
<i>Total (otros incluidos)</i>	<i>100.0</i>	<i>460</i>	<i>100.0</i>

Fuente: Oficina Central de Estadística, Rocznik Statystyczny, via EU, 1993, 3, p. 7.

Cuadro 3. Resultados de las elecciones parlamentarias de 1993

	<i>Votos (porcentaje)</i>	<i>Curules (número)</i>	<i>Curules (porcentaje)</i>
SLD	20.4	171	37.2
PSL	15.4	132	28.7
UD	10.6	74	16.1
UP	7.3	41	8.9
KPN	5.8	22	4.8
BBWR	5.4	16	3.5
Otros	0.9	4	0.8
<i>Total</i>	<i>65.8</i>	<i>460</i>	<i>100.0</i>

Fuente: Rzeczpospolita, 27 de septiembre de 1993, vía EUI 1993, 4, p. 8.

interior de los partidos existentes. Los grupos políticos que gobernaban el parlamento eran muy débiles, estaban divididos internamente y carecían de ligas fuertes con organizaciones ciudadanas o sectores sociales específicos. Además, el número excesivo de partidos en el Congreso contribuyó a la inestabilidad del gobierno, pues fue un obstáculo para la creación de coaliciones parlamentarias suficientemente sólidas y estables. Las organizaciones que derivaron de Solidaridad eran incapaces de establecer alianzas duraderas. Por ejemplo, durante su periodo como primera ministra, de junio de 1992 a mayo de 1993, Suchocka tuvo que conseguir el apoyo hasta de siete partidos, derivados de Solidaridad, para sostener su gobierno.

Para las elecciones de septiembre de 1993, Walesa estableció un nuevo grupo político —el Bloque Apartidista para la Reforma, BBWR—, el cual representaba un intento del presidente para asegurar su influencia en la nueva configuración parlamentaria. Sin embargo, quienes triunfaron en las elecciones fueron la Izquierda Democrática Unida (SLD), sucesora del Partido Comunista, y el partido de los Campesinos Unidos (PSL), el cual tiene también sus orígenes en el régimen comunista. La SLD recibió 20.4% de los votos, mientras el PSL consiguió 15.4%. La Unión Democrática (UD), base política de la primera ministra saliente, Suchocka, y el grupo político más poderoso entre los que conformaban Solidaridad, apenas logró el tercer lugar con 10.6% de los votos.

Con 303 curules de las 460 que posee el parlamento, los dos

partidos poscomunistas consiguieron una cómoda mayoría, lo que dio lugar a una alianza de los partidos de izquierda en el parlamento. La victoria de los partidos de izquierda en las elecciones de septiembre de 1993 mostró que los votantes ya no estaban dispuestos a alinearse automáticamente con los partidos que formaban parte del movimiento de Solidaridad.

Hasta ahora he tratado de subrayar la conexión entre la fragmentación de Solidaridad y la fragmentación del sistema de partidos. Aunque la existencia de un sistema de representación proporcional en las elecciones de 1991 contribuyó a la segmentación de los partidos, la existencia de numerosos grupos políticos precedió esta elección. Como se ha dicho, la representación proporcional simplemente reforzó las tendencias organizacionales preexistentes. En las elecciones de 1993 la aplicación de un umbral mínimo de 5% sólo exacerbó la diferenciación y las divisiones en los partidos con mayor peso en el parlamento (Lewis, 1995a, p. 120). Así, Polonia emerge con un índice de 10.8 partidos políticos “efectivos” en el parlamento, el cual es sustancialmente más alto que el índice de cualquier otra democracia existente en el mundo con diez años de duración.²⁴

El siguiente legado que contribuyó considerablemente a la fragilidad del sistema de partidos fue de naturaleza ideológica, y se expresó en el rechazo de los activistas civiles a los partidos políticos. En Polonia, Solidaridad era percibida inicialmente como un sustituto de todo tipo de instituciones democráticas, y “virtualmente vino a representar ‘la voluntad general del pueblo soberano’” (Wesolowski, 1996, p. 229). Aún después de la fragmentación de Solidaridad prevalecía la creencia entre muchas organizaciones sociales de que sus intereses podían ser defendidos adecuadamente por el sindicato NSZZ Solidaridad —un sindicato derivado de Solidaridad—. Pero NSZZ Solidaridad rechazó sistemáticamente la idea de formar un partido de masas de los trabajadores y limitó sus actividades a la protección de los derechos de los obreros, sobre todo del derecho de huelga y otras formas de acción colectiva. En 1994 los líderes de NSZZ Solidaridad dirigieron sus críticas a *cualquier* tipo de institución política (presidencia, jefatura de gobierno, parlamento, partidos políticos), sugiriendo que los sindicatos estaban mejor equipados para promover los intereses populares (Wesolowski, 1996, p. 230).

Los principales rasgos del discurso normativo de los líderes civiles

²⁴ Para obtener tal índice, Linz y Stepan (1996, pp. 275-276) aplicaron aquí la fórmula estándar (ponderada) de Laakso Markku y Rein Taagepera (1979, pp. 3-27).

entrenados en Solidaridad eran los siguientes: compromiso con la unidad, falta de claridad programática, renuencia a especificar una base electoral y un enfático rechazo a los partidos (Grabowski, 1996, p. 231). “Nosotros somos un movimiento social, no un partido”, era como los activistas se caracterizaban a sí mismos. El discurso público de Solidaridad aceptaba vagamente la parafernalia institucional de la democracia liberal (pluralismo, elecciones libres), al mismo tiempo que rechazaba la posibilidad de que los “buenos” polacos pudieran diferir, y por lo tanto necesitar, de un sistema de partidos políticos donde intereses diversos compitieran para ser representados y con el que los conflictos se resolvieran por medio de reglas claras (Grabowski, 1996, pp. 234-235). De acuerdo con esta ética antipolítica, los diferentes estratos o clases que integrarían la buena sociedad cooperarían armónicamente entre sí, no derivarían en grupos de interés en conflicto con demandas particulares, potencialmente incompatibles. El catolicismo —fundación última de la moral pública de Solidaridad— reforzó probablemente esta perspectiva (Grabowski, 1996, p. 233). Por último, había una creencia ampliamente compartida según la cual Solidaridad ofrecía al mundo un modelo genuinamente nuevo de organización política, que representaba una alternativa a los partidos políticos tradicionales; se trataba de un paradigma hacia el cual futuras democracias podrían evolucionar (Grabowski, 1996, p. 237).

¿Por qué el movimiento de Solidaridad se convirtió en “un serio obstáculo para la formación de un sistema de partidos”? (Ekiert, 1995, p. 953). Hasta este momento sólo he expuesto los rasgos organizacionales e ideológicos de la sociedad civil polaca que afectaron el establecimiento de un sistema de partidos ordinario y estable. Este par de factores estructurales produjeron efectos devastadores para la institucionalización de un sistema de partidos cuando interactuaron con dos grupos de decisiones estratégicas: primero, aquéllas de los líderes sindicales respecto al desarrollo de los Comités Ciudadanos de Solidaridad (ccs); segundo, aquéllas tomadas por Walesa durante su campaña presidencial. Iniciaré el análisis con la ilustrativa historia de los ccs.

En junio de 1989, los candidatos de Solidaridad ganaron todas (menos una) las curules en competencia bajo el pacto de transición realizado con las autoridades comunistas. La oposición triunfante se organizó para formar un solo bloque parlamentario: el Club Parlamentario de Ciudadanos. La muy eficaz campaña electoral fue obra de los ccs, los cuales no existían apenas dos meses antes de las elecciones. Los comités eran un híbrido peculiar; semejabán un partido político en que

contaban con un círculo de militantes con preferencias políticas exclusivas, abanderaban una ideología distintiva, estaban claramente orientados a tareas electorales y habían logrado un buen desarrollo organizativo. Al mismo tiempo, los CCS decían ser un movimiento suprapartidario, pues no pretendían construir una base electoral o definir un programa político específico, además de carecer de un nivel de organización uniforme a lo largo del territorio nacional (Grabowski, 1996, pp. 216-217). En 1990, después de ganar una segunda elección consecutiva, los CCS emergieron como el partido más poderoso en la escena política. El movimiento tenía ramificaciones casi en cada municipio y contaba con alrededor de 95 000 activistas (Grabowski, 1996, p. 215). Para algunos congresistas, los CCS representaban una etapa más avanzada en el desarrollo del movimiento democrático polaco. Pero la mayoría de los líderes sindicales consideraba a los comités una amenaza para la unidad de mando del sindicato. Más aún, los líderes temían que continuara la fuga de los activistas más valiosos a los CCS (Grabowski, 1996, p. 225). Por lo tanto, la Comisión Nacional Ejecutiva de Solidaridad decidió disolver los CCS en los estados. A los comités se les permitió continuar operando en los municipios, pero sin el logotipo y el financiamiento de Solidaridad. Además, al oponerse tercamente a una institucionalización mayor (“somos un movimiento social, no un partido político”), los comités se condenaron a sí mismos a la irrelevancia. Para 1991 los CCS se habían desintegrado completamente. La nueva arena política fue ocupada por una multitud de partidos con pocos recursos, escasos miembros y sin infraestructura organizacional en los municipios.

Una vez explicadas las implicaciones de la historia de los CCS, ahora debo atender el conjunto de decisiones políticas tomadas por Lech Walesa, las cuales tuvieron consecuencias nefandas para la fundación de un sistema de partidos estable. La primera decisión política de Walesa con efectos nocivos fue abstenerse de competir por un cargo de elección popular creando un partido político en el *Sejm*, o insistir en la posibilidad de convertirse en el primer ministro tan pronto finalizaron los diálogos de las Mesas Redondas.²⁵ En lugar de ello, Walesa decidió esperar, permaneciendo fuera del sistema de partidos y preservando

²⁵ Si Walesa hubiera decidido competir en las elecciones del 4 de junio de 1989, podría haberse convertido en el líder de la facción parlamentaria de Solidaridad. Sin su consentimiento Jaruzelski no hubiera podido convertirse en presidente en julio. Y si hubiera deseado convertirse en primer ministro hubiera tomado posesión de ese puesto en agosto (Gross, 1992, p. 65).

su figura de tribuna moral de la sociedad civil (Linz y Stepan, 1996, p. 273). De esta manera, Walesa se mantuvo al margen de la participación institucional a lo largo de este periodo. Cuando finalmente decidió competir por un cargo electoral, lo hizo como candidato *apartidista* para el cargo de presidente.

Una segunda decisión política que exacerbó las divisiones dentro de Solidaridad y afectó negativamente la evolución de un sistema de partidos fue que antes y durante su campaña por la presidencia, Walesa ahondó las divisiones en el interior de Solidaridad. Después de la renuncia de Jaruzelski, Walesa anunció su candidatura por la presidencia en septiembre de 1990, y al hacerlo retó a Mazowiecki, su anterior confidente y aliado en Solidaridad. Walesa criticó también a varios líderes de Solidaridad asociados con Mazowiecki, y llegó al extremo de declarar una “guerra desde arriba” —supuestamente para impedir una revolución “desde abajo” en Solidaridad— y purgó al movimiento de varios de sus líderes (Weiner, 1994, p. 77). La confrontación entre Walesa y Mazowiecki dividió a Solidaridad y, consecuentemente, destruyó abruptamente el consenso que empezaba a formarse en relación con la extensión, velocidad y dirección de la transformación política. El resultado inmediato de las acciones de Walesa fue la división de Solidaridad en dos fuerzas opuestas. La primera se llamó Alianza del Centro y fue moldeada para servir de vehículo a la elección de Walesa como presidente; la segunda, liderada por Mazowiecki, se dio a conocer con el nombre de Momento Cívico-Acción Democrática. Finalmente, Walesa compitió como candidato apartidista y durante su campaña promovió ideas como “la necesidad de mantener el valor de la política espontánea y anticonvencional” (Linz y Stepan, 1996, p. 274), desdeñosa de las instituciones.

La última decisión política de Walesa que pervirtió la formación de un sistema de partidos fue el envío de señales ambivalentes a numerosos grupos políticos al tratar con ellos como aliados potenciales, mientras mantenía su postura apartidista. Por su parte, los grupos que derivaron de la fragmentación de Solidaridad, al continuar presentándose cada uno como el “genuino” heredero de la mística de consensos propia de la mejor época del movimiento al que habían pertenecido, dejaron de articular nuevas opciones programáticas y no buscaron ser partidos basados en la defensa de un grupo de intereses. Las discusiones en torno a valores innegociables persistieron como discurso dominante y, en lugar de partidos, proliferaron cuadrillas políticas con un estilo organizacional antipolítico (Linz y Stepan, 1996, p. 275). Después

de las elecciones, Walesa continuó viéndose a sí mismo como un líder carismático, una tribuna del pueblo más legítima que cualquier partido o parlamento (Linz y Stepan, 1996, p. 280).

2.2.3. La sociedad civil y el Estado

De 1989 a 1995, la sociedad civil polaca se apropió de casi toda la autoridad formal del gobierno. Cuando digo “apropiar” no quiero sugerir que los líderes de la sociedad civil accedieron al control del gobierno sin seguir los procedimientos democráticos. Lo que quiero señalar es que durante esos años el Estado polaco estuvo dirigido por un grupo de líderes de la sociedad civil (principalmente activistas sociales e intelectuales), no por un grupo de profesionales de la política o de la administración pública. Con sus primeras victorias electorales en las elecciones parlamentarias restringidas de 1990, y en las presidenciales de 1991, el liderazgo del movimiento de Solidaridad estaba repentinamente a cargo de la representación del “interés colectivo”, lo que equivalía a actuar en nombre del “pueblo polaco”, así como de otras cuestiones más concretas, como poner a trabajar una burocracia pública, lo cual “presupone un prolongado y cuidadoso entrenamiento práctico” (Weber, 1958, p. 198). Muchas de las nuevas autoridades públicas eran, apenas unos meses antes, disidentes perseguidos por el régimen comunista. Sólo unos cuantos tenían alguna experiencia en el manejo de los asuntos públicos y nadie parecía tener la destreza necesaria para implementar una estrategia que pudiera promover simultáneamente la estabilidad política y la institucionalización democrática. En realidad estos dos procesos eran, hasta cierto grado, interdependientes, pero en lugar de buscar fórmulas para impulsarlos conjuntamente, Solidaridad empezó a reproducir dentro del Estado mismo la dinámica de confrontación que le había sido tan útil para luchar contra el régimen comunista, pero que en esta nueva fase debilitaba la institucionalización política y, con ello, la viabilidad del proceso de democratización.

La sociedad civil debilitó al Estado de varias maneras. Los medios más comunes para disminuirlo fueron la protesta social, los paros laborales, la movilización continua. Por otra parte, los líderes civiles también terminaron por debilitar al Estado al apropiarse del gobierno (la presidencia, la jefatura de gobierno²⁶ y el parlamento) y reproducir

²⁶ Con “jefatura de gobierno” me refiero a la institución que preside el primer ministro.

en él los métodos de mando que utilizaban anteriormente en los sindicatos u otras organizaciones, y estrategias políticas que les habían sido eficaces para lograr sus objetivos políticos como asociaciones civiles. El manejo errático del gobierno con frecuencia generó tensiones y contradicciones que continuamente paralizaron al Estado. Estas tensiones tuvieron tres ejes principales: la presidencia *versus* el parlamento, la presidencia *versus* la jefatura de gobierno y el movimiento obrero *versus* la jefatura de gobierno.

En primer lugar, el presidente Walesa tuvo una relación extremadamente combativa tanto con el parlamento como con la jefatura de gobierno. Durante sus cinco años como presidente, las fricciones entre Walesa y el parlamento nunca cesaron. Repetidamente Walesa amenazó con disolver el parlamento y subrayó constantemente la necesidad que tenía la nación de un sistema político en el que la presidencia tuviera más facultades. Walesa demandaba una institución presidencial con más prerrogativas incluso que la francesa. El presidente pretendía convertirse en la autoridad suprema, no sólo con el control del gobierno, mediante el poder de nominación y destitución, sino también con control sobre el parlamento, mediante el poder de disolución (Karpinski, 1995, p. 8). Walesa mostraba escepticismo sobre la capacidad del parlamento (y, por extensión, sobre el proceso democrático mismo) para asegurar la estabilidad política, por la fragmentación excesiva que padecía el sistema de partidos. Paradójicamente, sin embargo, cada vez que Walesa reñía con el parlamento la polarización política aumentaba.

Durante el verano de 1991 tuvo lugar una dura batalla entre el presidente y el parlamento sobre las reglas que debían regir las elecciones generales que se celebrarían durante el otoño, por lo que Walesa se opuso a la composición del gobierno de Jan Olszewski. Varios congresistas, por su parte, se mostraron suspicaces de las intenciones del presidente para limitar los poderes del parlamento y temían sus tendencias autoritarias. Durante aquellos días, la intensidad de esta lucha era tan alta que “parecía que en cualquier momento el presidente disolvería el parlamento con tal de salirse con la suya” (EUI, 1991, 3, p. 6). Otro punto bajo en las relaciones presidencia-parlamento tuvo lugar a principios de 1992, cuando también Olszewski era primer ministro. En mayo de 1992 Walesa comunicó al parlamento que era indispensable fortalecer la institución presidencial a la manera de los franceses (EUI, 1992, 2, p. 7). Las relaciones entre el presidente y el primer ministro mejoraron considerablemente después de que Hanna

Suchocka fuera nombrada primera ministra a mediados de 1992, pero un voto de desconfianza hacia el gobierno en mayo de 1993 motivó la disolución del *Sejm* por parte de Walesa y se convocó a nuevas elecciones. En estas elecciones, Walesa patrocinó rápidamente la creación de un Bloque Apartidista de Apoyo a la Reforma (BBWR), organización que representaba un tipo peculiar de partido político. Formalmente, el BBWR era una asociación civil, aunque en realidad había sido creado para generar apoyo desde el parlamento a las políticas de Walesa.²⁷ Sin embargo, la creación del BBWR no fue un obstáculo para que en las elecciones de septiembre de 1993 los ex comunistas obtuvieran los votos necesarios para ser amplia mayoría en el Congreso.

Durante los últimos meses (enero y febrero de 1995) de su presidencia, Walesa instigó un episodio peligroso para las instituciones democráticas de Polonia. Aun cuando la presidencia carecía de una prerrogativa constitucional para hacerlo, Walesa amenazó con disolver el congreso una vez más, con el pretexto de que había cometido faltas en la elaboración del proyecto presupuestario. El verdadero propósito de este escándalo era propiciar la renuncia del primer ministro y su gabinete. La crisis finalmente desembocó en “un voto constructivo de desconfianza” el 1 de marzo de 1995 contra Waldemar Pawlak, primer ministro y líder del Partido Campesino Polaco, quien fue relevado por Jozef Oleksy de la Alianza de la Izquierda Democrática. El espectáculo de Walesa amenazando y ridiculizando al parlamento fue probablemente el epílogo apropiado para una presidencia caracterizada por su desprecio a los procedimientos democráticos.

Una segunda fuente de inestabilidad política fue la relación entre el presidente Walesa y los primeros ministros. De septiembre de 1989 a diciembre de 1995 Polonia tuvo seis gobiernos y siete primeros ministros.²⁸ Esta falta de estabilidad gubernamental fue en parte consecuencia del estilo de gobernar de Walesa, quien en una ocasión sugirió que cambiaría primeros ministros “como defensas de automóviles” (Garton Ash, 1996, p. 12). Walesa tuvo constantes fricciones con todos los primeros ministros —excepto con Suchocka—, y promovió

²⁷ De acuerdo con algunos analistas como Jadwiga Staniszkis (1991, pp. 203-206), la creación del BBWR respondió al objetivo de formar un bloque que actuara contra la articulación de fuerzas en el interior del Congreso.

²⁸ Hubo más primeros ministros que gobiernos, porque Waldemar Pawlak, el joven líder del Partido Campesino Polaco, fue incapaz de formar gobierno luego de desempeñar el cargo de primer ministro alrededor de treinta días. Walesa nominó a Pawlak después de la renuncia de Olszewski.

abiertamente la renuncia de dos de ellos: Jan Olszewski y Waldemar Pawlak. En el primer caso, Jan Olszewski, un miembro de la Alianza del Centro, logró configurar, con grandes esfuerzos, una frágil coalición de cinco partidos.²⁹ Sin embargo, la coalición se desintegró tempranamente, y la interferencia de Walesa evitó que Olszewski intentara siquiera reconstruirla. Walesa demandó al presidente del Congreso que se introdujera en el parlamento una moción de desconfianza en el gobierno de Olszewski. En junio de 1992, Olszewski fue destituido por el Congreso. En el segundo caso, Pawlak fue sustituido por Oleksy (un ex comunista y presidente del *Sejm*). Este relevo le sirvió a Walesa para hacer que la gente identificara a un gobierno de izquierda como el gran enemigo, para atacarlo constantemente con la esperanza de desprestigiar a los ex comunistas en vísperas de las elecciones presidenciales (EUI, 1995, 1, p. 8). El cálculo de Walesa era tener un gobierno ex comunista débil e inestable.

Finalmente, el tercer eje alrededor del que se suscitaron confrontaciones constantes fue el que comprende las relaciones entre la jefatura de gobierno y el movimiento laboral. Como lo mencioné antes, Solidaridad organizó permanentemente huelgas y mítines masivos para intimidar a los gobiernos que no actuaban conforme a su voluntad (Beyme, 1996, p. 144). Así, la mayoría de los gobiernos tuvieron que sobrellevar por lo menos una ola de huelgas o protestas. Tadeusz Mazowiecki, el primer jefe de gobierno de la era poscomunista, tuvo que lidiar con el bloqueo de caminos realizado por grupos de agricultores y ganaderos, a Suchocka le tocarían peligrosas huelgas en las industrias minera y automotriz y Waldemar Pawlak poco pudo hacer para evitar una agresiva huelga en Varsovia de los trabajadores de las acerías. Pero sólo en el caso de Suchocka el movimiento obrero pudo conseguir su renuncia. En la medida en que el déficit del sector público crecía, el gobierno tuvo que aplicar recortes a diversos renglones del gasto social. Por lo tanto, el segmento más radical de la clase obrera adoptó una posición beligerante frente al gobierno de Suchocka, la cual terminó por desatar una ola de huelgas durante el verano de 1992 (Wiener, 1994, p. 84). El gobierno de Suchocka cayó en mayo de 1993, cuando Suchocka entró en conflicto con diputados de Solidaridad al negar un aumento salarial al personal del sector público.³⁰

²⁹ Estos partidos fueron el Congreso Democrático Liberal, la Unión Nacional Cristiana, el KPN, la Alianza del Centro y la Alianza Campesina.

³⁰ El *cleavage* más activo del agitado escenario político polaco entre 1989 y 1993 fue el Estado *versus* sus empleados.

Conclusión

En las páginas precedentes he argumentado que no todos los tipos de sociedades civiles promueven "la efectividad y la estabilidad del gobierno democrático" (Putnam, 1993, p. 89). De 1989 a 1995, Polonia tuvo un *tipo* de sociedad civil que no fue un agente favorable para la institucionalización democrática. Esta sociedad civil estaba compuesta preminentemente por sindicatos contenciosos, bien entrenados en prácticas de resistencia y movilización políticas y unificados bajo el mandato de un líder autocrático y maximalista. Las organizaciones civiles y los movimientos sociales demostraron gran capacidad para desgastar al régimen socialista, aunque también exacerbaron la vulnerabilidad de un sistema de partidos incipiente y de un Estado frágil.³¹ La sociedad civil puede ser un agente favorable a la democracia pero después de que se haya establecido un sistema de partidos estable y un Estado con capacidad de respuesta.³² De lo contrario, la autonomía y el vigor de las organizaciones civiles pueden representar "oportunidades para hacer daño" (Dahl, 1982, p. 1).

Si instituciones débiles y dominio personalista se refuerzan mutuamente (Kohli, 1997, p. 75), entonces la presidencia de Walesa vulneró aún más las débiles instituciones democráticas de Polonia. Tomando en cuenta que las instituciones sólidas restringen el poder de los individuos, existe un incentivo inherente en las nuevas democracias para que caudillos como Walesa emprendan una desinstitucionalización periódica. Ésta fue claramente la intención, por ejemplo, de la "guerra desde arriba" que emprendió Walesa para erosionar la consistencia de Solidaridad y promover su resquebrajamiento, destruyendo así la única fuerza de consenso en escala nacional, cuya unidad provisional quizás hubiera facilitado la resolución pacífica de conflictos tanto en el interior de la elite política como entre la elite y la sociedad civil.³³ Walesa no tuvo incentivos para estimular el desarrollo de los partidos

³¹ Como Rustow (1970, p. 346) afirmó correctamente, los factores que mantienen la estabilidad de una democracia pueden ser distintos de aquellos que hicieron efectiva su existencia.

³² Fish (1996, p. 268) seguramente está en lo correcto cuando dice que "la sociedad civil puede ser un requisito, pero no necesariamente un prerrequisito, para la consolidación [democrática]". Sin embargo, este mismo analista parece equivocarse cuando aduce que la institucionalización política ha sido más exitosa en aquellos países en los que la sociedad democrática es más vigorosa. Claramente, en Polonia la relación entre el grado de institucionalización política y el grado de "robustez" de la sociedad civil ha sido negativa en la última década.

³³ Di Palma (1990, p. 40) ha mencionado la importancia de transformar "coaliciones esencialmente inciertas, inestables, competitivas y beligerantes en una sola coalición de anuencia a la democracia".

desde su posición; por el contrario, “los partidos como instituciones constriñen frecuentemente la discrecionalidad individual y el poder personalista de los grandes líderes” (Kohli, 1997, p. 76).

El argumento central de este artículo suscitará probablemente varias reservas, de las cuales me gustaría contestar, en lo que resta del artículo, tan sólo dos. En primer lugar, Dietrich Rueschemeyer, Evelyn Huber Stephens y John D. Stephens (1992, p. 8) arguyen que la clase obrera ha sido históricamente “la más consistente fuerza democrática”, a causa de su prolongada lucha por la “inclusión política”. “Excepciones” a esta posición prodemocrática —estos autores admiten— ha habido “donde la clase trabajadora fue movilizadada inicialmente por un líder carismático y autoritario”. En estos términos, entre 1989 y 1995 Polonia es una de estas “excepciones”. En la misma vena, Sidney Tarrow (1989, pp. 347-348) intenta persuadirnos de que veamos los movimientos sociales —esto es, a la movilización organizada de grupos provenientes de diversos estratos sociales— como los portadores centrales de las instituciones democráticas. Por ello, “desorden y democracia”, dice Tarrow, no se contraponen. Sin embargo, aunque es verdad que altos niveles de movilización laboral no acarrear necesariamente el colapso democrático, movilizaciones de alta intensidad causan serios problemas de gobernanza y están asociadas con el derrumbe, por ejemplo, de algunas democracias latinoamericanas.³⁴

Presumiblemente, la posición del gobierno se habría vuelto insostenible si los sindicatos más radicales y beligerantes hubieran logrado una alianza de escala nacional. Además, la protesta social generalizada puede generar escepticismo en la población acerca de la capacidad del proceso democrático para dirigir la atención del gobierno y los grupos sociales a los grandes problemas nacionales, lo que puede reavivar sentimientos en favor del reestablecimiento de un gobierno autoritario.³⁵

En segundo lugar, una influyente línea de análisis considera que aquellos que subrayan la necesidad de partidos y estados efectivos para la institucionalización democrática implican subrepticamente la necesidad de “desmovilizar” a la sociedad civil (Cohen y Arato, 1992, pp. 67-68), lo cual es una de las “frustraciones inevitables” que ha motivado

³⁴ Véanse, por ejemplo, los casos de Argentina (1955-1966) y Perú (1962-1968) en Linz y Stepan (1978, pp. 138-177).

³⁵ También hay consecuencias económicas negativas de la movilización social continua que pueden perjudicar indirectamente la democratización. De acuerdo con la Unidad de Inteligencia de *The Economist*, Polonia era vista en el extranjero como una nación inestable y de alto riesgo, imagen que creó problemas para atraer inversiones (EUI, 1995, 2, p. 20).

Hungría donde “las prácticas típicas de las democracias occidentales” han sido establecidas (Cohen y Arato, 1992, pp. 16-17). En contraste, el argumento que desarrollo aquí sugiere que las asociaciones civiles movilizadas no pueden sustituir a los partidos políticos (Foley y Edwards, 1996, p. 47), y que *una sociedad civil vigorosa favorecerá la institucionalización democrática si logra coexistir con un sistema de partidos efectivo y con un Estado capaz*. Sin la existencia de un sistema de partidos estable, la canalización adecuada de demandas sociales y la pronta resolución del conflicto social es más difícil.³⁶ Los partidos también pueden minimizar el conflicto faccioso entre los líderes existentes y precisar las líneas de autoridad. Todavía más, como mostró la renuncia de la primera ministra Suchocka en 1993, la sociedad civil tiene una mayor influencia en el curso de la política pública si mantiene una relación de colaboración con los partidos políticos y el parlamento.

Referencias bibliográficas

- Arato, Andrew (1992), “Civil Society in the Emerging Democracies: Poland and Hungary”, en Margaret Latus Nugent, *From Leninism to Freedom: The Challenges of Democratization*, Boulder, Westview Press.
- (1991), “Revolution, Civil Society, and Democracy”, en Zbigniew Rau (ed.), *The Reemergence of Civil Society in Eastern Europe and the Soviet Union*, Boulder, Westview Press.
- (1981), “Civil Society against the State: Poland 1980-81”, en *Telos* 47, primavera.
- Bell, Daniel (1989), “American Exceptionalism Revisited: The Role of Civil Society”, *The Public Interest* 95, pp. 38-56.
- Bellin, Eva (1994), “Civil Society: Effective Tool of Analysis for Middle East Politics?”, *PS: Political Science and Politics* 27, septiembre, pp. 509-510.
- Bendix, Reinhard (1990), “State, Legitimation, and ‘Civil Society’”, *Telos* 86, invierno, pp. 143-152.
- Berman, Sheri (1997), “Civil Society and the Collapse of the Weimar Republic”, *World Politics* 49, abril, pp. 401-429.
- Bernhard, Michael (1996), “Civil Society After the First Transition: Dilemmas

³⁶ Sin embargo, la dependencia entre la sociedad civil y los partidos políticos es recíproca. Cohen y Arato (1992, p. 68) están en lo correcto cuando dicen que “a largo plazo la viabilidad de la sociedad política democrática puede depender de la solidez de sus vínculos con asociaciones [...] independientes y prepolíticas”.

- of Post-Communist Democratization in Poland and Beyond”, *Communist and Post-Communist Studies* 29, pp. 309-330.
- Beyme, Klaus von (1996), *Transition to Democracy in Eastern Europe*, Nueva York, St. Martin’s Press.
- Bruszt, László y David Stark (1992), “Remaking the Political Field in Hungary: From the Politics of Confrontation to the Politics of Competition”, en Ivo Banac (ed.), *Eastern Europe in Revolution*, Ithaca, Cornell University Press.
- Cirtautas, Arista Maria y Edmund Mokrzycki (1993), “The Articulation and Institutionalization of Democracy in Poland”, *Social Research* 60, invierno.
- Chamberlain, Heath B. (1993), “On the Search of Civil Society in China”, *Modern China*, 19, abril, pp. 199-215.
- Cohen, Jean L. y Andrew Arato (1992), *Civil Society and Political Theory*, Cambridge, MIT Press.
- Crozier, Michel J., Samuel P. Huntington y Joji Watanuki (1975), *The Crisis of Democracy: Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission*, Nueva York, New York University Press.
- Curtis, James E., Edward G. Grabb y Douglas E. Baer (1992), “Voluntary Association Membership in Fifteen Countries: A Comparative Analysis”, *American Sociological Review* 57, pp. 139-152.
- Dahrendorf, Ralf (1990), *Reflections on the Revolution in Europe*, Londres, Chatto & Windus (Chatto Counter-Blasts Special).
- Dahl, Robert A. (1993), “Pluralism”, en Joel Krieger (ed.), *The Oxford Companion to Politics of the World*, Oxford, Oxford University Press.
- (1992), “The Problem of Civic Competence”, en *Journal of Democracy* 3, octubre, pp. 45-59.
- (1982), *Dilemmas of Pluralist Democracies: Autonomy vs. Control*, New Haven, Yale University Press.
- Di Palma, Giuseppe (1991a), “Legitimation from the Top to Civil Society: Political-Cultural Change in Eastern Europe”, en Nancy Bermeo (ed.), *Liberalization and Democratization: Change in the Soviet Union and Eastern Europe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- (1991b), “Why Democracy Can Work in Eastern Europe”, *Journal of Democracy* 2, invierno, pp. 21-31.
- (1990), *To Craft Democracies: An Essay of Democratic Transitions*, Berkeley, University of California Press.
- Diamond, Larry (1996), “Toward Democratic Consolidation”, en Larry Diamond y Marc F. Plattner (eds.), *The Global Resurgence of Democracy*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- The Economist* (1996), “Poland: Grab that Chance”, 13 de julio, pp. 46-47.
- Eisenstadt, S. N. (1995), “Civil Society”, en Seymour Martin Lipset (ed.), *The Encyclopedia of Democracy*, Washington, D. C., Congressional Quarterly, Inc.
- Ekiert, Grzegorz (1995), “Poland”, en Seymour Martin Lipset (ed.), *The Encyclopedia of Democracy*, Washington, D. C., Congressional Quarterly, Inc.

- (1991), "Democratization Processes in East Central Europe: A Theoretical Consideration", *British Journal of Political Science* 21, julio, pp. 285-313.
- Ekiert, Grzegorz y Jan Kubik (1997), *Collective Protest and Democratic Consolidation in Poland, 1989-1993*, Princeton: Center of International Studies, Princeton University (Pew Papers on Central Eastern European Reform and Regionalism, 3).
- Elster, Jon (1996), "Introduction", Jon Elster (ed.), *The Roundtable Talks and the Breakdown of Communism*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Elshtin, Jean (1995), *Democracy on Trial*, Nueva York, Basic Books.
- EUI, The Economist Intelligence Unit (1989-1995), *Country Report: Poland*, varios números.
- Fish, M. Steven (1996), "Russia's Fourth Transition", en Larry Diamond y Marc F. Plattner (eds.), *The Global Resurgence of Democracy*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- (1995), *Democracy from Scratch: Opposition and Regime in the New Russian Revolution*, Princeton, Princeton University Press.
- Foley, Michael W. y Bob Edwards (1996), "The Paradox of Civil Society", *The Journal of Democracy* 7, pp. 38-52.
- Frentzel-Zagorska, Janina (1990), "Civil Society in Poland and Hungary", *Soviet Studies* 42, pp. 759-777.
- Garton Ash, Timothy (1996), "'Neo-Pagan' Poland", *The New York Review of Books*, 11 de enero, pp. 10-14.
- (1990), *We the People: The Revolution of '89 Witnessed in Warsaw, Budapest, Berlin & Prague*, Cambridge, Granta and Penguin.
- Gellner, Ernest (1991), "Civil Society in Historical Context", en *International Social Science Journal*, agosto.
- Geremek, Bronislaw (1996), "Civil Society Then and Now", en Larry Diamond y Marc F. Plattner (eds.), *The Global Resurgence of Democracy*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- Gortat, Radzislawa (1994), "The Feud Within Solidarity's Offspring", en Michael Waller y Martin Myant (eds.), *Parties, Trade Unions, and Civil Society in East-Central Europe*, Ilford, Frank Cass.
- Gortat, Radzislawa y Piotr Marciniak (1995), "On the Road to Democracy: the Emergence of Political Parties in Poland", en Gordon Wightman (ed.), *Party Formation in East-Central Europe*, Hants, Edward Elgar.
- Grabowski, Tomek (1996), "The Party That Never Was: The Rise and Fall of the Solidarity Citizens' Committees in Poland", *East European Politics and Societies* 10, núm. 2, primavera, pp. 214-254.
- Gross, Jan T. (1992), "Poland: From Civil Society to Political Nation", en Ivo Banac (ed.), *Eastern Europe in Revolution*, Ithaca, Cornell University Press.
- Gunther, Richard, Hans-Jürgen Puhle y P. Nikiforos Diamandouros (eds.) (1995), *The Politics of Democratic Consolidation: Southern Europe in Democratic Perspective*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.

- Hall, John A. (1995), "In Search of Civil Society", en John A. Hall (ed.), *Civil Society: Theory, History, Comparison*, Cambridge, Polity Press.
- Hann, Chris (1996), "Introduction: Political Society and Civil Anthropology", en Chris Hann y Elizabeth Dunn (eds.), *Civil Society: Challenging Western Models*, Londres, Routledge.
- Havel, Václav (1995), "Civil Society After Communism: Rival Visions", *Journal of Democracy*, pp. 12-23.
- (1990), *Living in Truth*, Jan Vladislav (ed.), Londres, Faber & Faber.
- Hirst, Paul (1995), "Associations", in Seymour Martin Lipset (ed.), *The Encyclopedia of Democracy*, Washington, D. C., Congressional Quarterly, Inc.
- Horváth, Agnes y Árpád Szakolczai (1992), "The Discourse of Civil Society and the Self-Elimination of the Party", en Paul G. Lewis (ed.), *Democracy and Civil Society in Eastern Europe*, Londres, St. Martin's Press.
- Huntington, Samuel (1991), *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*, Norman, University of Oklahoma Press.
- (1968), *Political Order in Changing Societies*, New Haven, Yale University Press.
- Ignatieff, Michael (1995), "On Civil Society: Why Eastern Europe's Revolution Could Succeed", *Foreign Affairs* 74, marzo-abril, pp. 128-136.
- Karpinski, Jakub (1997a), "With the Left Fully in Charge, the Polish Right Prepares for 1997", *Transition* 3, febrero 7.
- (1997b), "In Poland, a Long-Standing Tradition of Resistance", *Transition* 3, febrero 21, pp. 14-19.
- (1995), "The Constitutional Mosaic", en *Transition* 1, agosto 11, pp. 4-9.
- Keane, John (ed.) (1988a), "Introduction", en *Civil Society and the State: New European Perspectives*, Londres, Verso.
- (1988b), *Democracy and Civil Society*, Londres, Verso.
- Kéri, László y Adám Levendel (1995), "The First Three Years of a Multi-Party System", en Gordon Wightman (ed.), *Party Formation in East-Central Europe*, Hants, Edward Elgar.
- Klaus, Václav (1995), "Civil Society After Communism: Rival Visions", *Journal of Democracy*, pp. 12-23.
- Kloc, Kazimierz (1994), "Trade Unions and Economic Transformation in Poland", en Michael Waller y Martin Myant (eds.), *Parties and Society in East-Central Europe*, Essex, Frank Cass.
- Kohli, Atul (1997), "On Sources of Social and Political Conflicts in Follower Democracies", en Axel Hadenius, *Democracy's Victory and Crisis*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Kolankiewicz, George (1973), "The Working Class", en David Lane and George Kolankiewicz (eds.), *Social Groups in Polish Society*, Londres, Macmillan.
- Kolarska-Bobinska, Lena (1990), "Civil Society and Civil Anomy in Poland", *Acta Sociologica* 33.
- Konrad, George (1984), *Antipolitics*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich.

- Lewis, Paul (1995a), "Poland's New Parties in the Post-Communist Political System", en Gordon Wightman (ed.), *Party Formation in East-Central Europe*, Hants, Edward Elgar.
- (1995b), "Poland and Eastern Europe: Perspectives on Party Factions and Factionalism", en Richard Gillespie *et al.* (eds.), *Factional Politics and Democratization*, Londres, Frank Cass.
- Linz, Juan J. y Alfred Stepan (1996), *Problems of Democratic Transition and Consolidation: Southern Europe, South America, and Post-Communist Europe*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- (1978), *The Breakdown of Democratic Regimes: Latin America*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- Lipset, Seymour Martin (1996), *American Exceptionalism: A Double-Edged Sword*, Nueva York, W. W. Norton.
- Lipset, Seymour Martin y Stein Rokkan (1967), "Cleavage Structures, Party Systems, and Voter Alignments: An Introduction", en Peter Mair, *The West European Party System*, Oxford, Oxford University Press.
- Mainwaring, Scott (1997), "Rethinking Party Systems Theory in the Third Wave of Democratization: The Importance of Party System Institutionalization", trabajo presentado en la Reunión Anual de la American Political Science Association, Washington, D. C., agosto 20-31.
- Mann, Michael (1984), "The Autonomous Power of the State: Its Origins, Mechanisms and Results", *Archives Européennes de Sociologie* 25, pp. 185-213.
- Markku, Laakso y Rein Taagepera (1979), "'Effective' Number of Parties: A Measure with Application to Western Europe", *Comparative Political Studies* 12, pp. 3-27.
- Michnik, Adam (1985 [1976]), "The New Evolutionism", en *Letters from Prison*, Maya Latynski (trad.), Berkeley, University of California Press.
- Migdal, Joel S. (1988), *Strong Societies and Weak States: State-Society Relations and State Capabilities in the Third World*, Princeton, Princeton University Press.
- Misztal, Barbara A. (1996), "Postcommunist Ambivalence: Becoming of a New Formation", *Archives Européennes de Sociologie* 37, pp. 104-140.
- Mokrzycki, Edmund y Arista Maria Cirtautas (1993), "The Articulation and Institutionalization of Democracy in Poland", *Social Research* 60, pp. 787-819.
- Müller, Klaus (1992), "'Modernising' Eastern Europe: Theoretical Problems and Political Dilemmas", *Archives Européennes de Sociologie* 33.
- O'Donnell, Guillermo (1996), "Illusions about Consolidation", *Journal of Democracy* 7, abril, pp. 34-51.
- Offe, Claus (1990), "Reflections on the Institutional Self-Transformation of Movement Politics: A Tentative Stage Model", en Russell J. Dalton y Manfred Kuechler (eds.), *Challenging the Political Order*, Cambridge, Polity Press.

- Orenstein, Mitchell (1995), "Who's Right? Who's Left?", *Transition* 1, agosto 11.
- Osiatynski, Wiktor (1997), "A Brief History of the Constitution", *East European Constitutional Review* 6, primavera-verano, pp. 66-75.
- (1996), "The Roundtable Talks in Poland", en Jon Elster (ed.), *The Roundtable Talks and the Breakdown of Communism*, Chicago, The University of Chicago Press.
- (1995), "A Letter from Poland", *East European Constitutional Review* 4, primavera.
- (1994), "Lech Walesa: Profile and Interview", *East European Constitutional Review* 3, invierno.
- Ost, David (1995), "Labor, Class, and Democracy: Shaping Political Antagonisms in Post-Communist Society", en Beverly Crawford (ed.), *Markets, States, and Democracy: The Political Economy of Post-Communist Transformation*, Boulder, Westview Press.
- Pérez-Díaz, Víctor (1993), *The Return of Civil Society: The Emergence of Democratic Spain*, Cambridge, Harvard University Press.
- Przeworski, Adam (1991a), *Democracy and the Market: Political and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1991b), "The 'East' Becomes the 'South'? The 'Autumn of the People' and the Future of Eastern Europe", *PS: Political Science and Politics* 24, marzo, pp. 20-24.
- (1988), "Democracy as a Contingent Outcome of Conflicts", en Jon Elster y Rune Slagstad (eds.), *Constitutionalism and Democracy*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1986), "Some Problems in the Study of the Transition to Democracy", en Guillermo O'Donnell et al. (eds.), *Transitions from Authoritarian Rule: Comparative Perspectives*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- Przeworski, Adam et al. (1995), *Sustainable Democracy*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Putnam, Robert D. (1993), *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton, Princeton University Press.
- Rueschemeyer, Dietrich, Evelyne Huber Stephens y John D. Stephens (1992), *Capitalist Development and Democracy*, Chicago, University of Chicago Press.
- Rustow, Dunkwart A. (1970 [1994]), "Transitions to Democracy: Toward a Dynamic Model", *Comparative Politics* 2, abril, pp. 337-363.
- Schmitter, Philippe (1996 [1994]), "Dangers and Dilemmas of Democracy", en Larry Diamond y Marc F. Plattner (eds.), *The Global Resurgence of Democracy*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- (1993), *Some Propositions about Civil Society and the Consolidation of Democracy*, Institut für Höhere Studien, Reihe Politikwissenschaft.

- Schmitter, Philippe y Terry Lynn Karl (1996 [1994]), "What Democracy Is... and Is Not", en Larry Diamond y Marc F. Plattner (eds.), *The Global Resurgence of Democracy*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- Schöpflin, George (1994), "Postcommunism: The Problems of Democratic Construction", *Daedalus* 123, verano.
- (1990), "The Political Traditions of Eastern Europe", *Daedalus* 119, invierno.
- Seleny, Anna (1996), *Old Political Rationalities and New Democracies: Compromise and Confrontation in Hungary and Poland*, Princeton, Center of International Studies, Princeton University (Pew Papers on Central Eastern European Reform and Regionalism, 9).
- Shils, Edward (1991), "The Virtues of Civil Society", *Government and Opposition* 26, invierno, pp. 3-20.
- Smolar, Aleksander (1994), "The Dissolution of Solidarity", *Journal of Democracy* 5, enero, pp. 70-84.
- Staniszki, Jadwiga (1991), *The Dynamics of Breakthrough in Eastern Europe: The Polish Experience*, Chester A. Kisiel (trad.), Berkeley, University of California Press.
- Stark, David (1992), "The Great Transformation? Social Change in Eastern Europe", *Contemporary Sociology: A Journal of Reviews* 21, mayo, pp. 299-320.
- Stapan, Alfred (1986), "Paths Toward Redemocratization: Theoretical and Comparative Considerations", en Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead (eds.), *Transitions from Authoritarian Rule: Comparative Perspectives*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- (1985), "State Power and the Strength of Civil Society in the Southern Cone of Latin America", en Peter Evans, Dietrich Rueschemeyer y Theda Skocpol (eds.), *Bringing the State Back In*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 317-346.
- Szelenyi, Iván (1988), *Social Entrepreneurs: Embourgeoisement in Rural Hungary*, Madison, University of Wisconsin Press.
- Szelenyi, Iván y Balazs Szelenyi (1994), "Why Socialism Failed: Toward a Theory of System Breakdown Causes of Disintegration of East European State Socialism", *Theory and Society* 23, pp. 211-231.
- Tamás, G. M. (1994), "A Disquisition on Civil Society", *Social Research* 61, verano, pp. 205-222.
- Tarrow, Sidney (1994), *Power in Movement*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1991), "Aiming at a Moving Target: Social Science and the Recent Rebellions in Eastern Europe", *PS: Political Science and Politics* 24, marzo.
- (1989), *Democracy and Disorder: Protest and Politics in Italy, 1965-1975*, Oxford, Clarendon Press.
- Valenzuela, J. Samuel (1992), "Democratic Consolidation in Post-Transitional

- Settings”, en Scott Mainwaring *et al.*, *Issues in Democratic Consolidation*, Notre Dame, University of Notre Dame Press.
- Walzer, Michael (1995), “The Concept of Civil Society”, en Michael Walzer (ed.), *Toward a Global Civil Society*, Providence, Berhahn Books.
- Weber, Max (1958), “Bureaucracy”, en H. H. Gerth and C. Wright Mills (eds.), *From Max Weber: Essays in Sociology*, Nueva York, Oxford University Press.
- Weiner, Robert (1994), *Change in Eastern Europe*, Westport, Praeger.
- Wesolowski, Wlodzimierz (1996), “The Formation of Political Parties in Post-Communist Poland”, en Goeffrey Pridham y Paul G. Lewis (eds.), *Stabilising Fragile Democracies: Comparing New Party Systems in Southern and Eastern Europe*, Londres, Routledge.
- (1995), “The Nature of Social Ties and the Future of Postcommunist Society: Poland after Solidarity”, en John A. Hall (ed.), *Civil Society: Theory, History, Comparison*, Cambridge, Polity Press.
- (1992), “Poland’s Transition to Democracy: How Much Pluralism?”, en Colin Crouch y David Marquand, *Toward a Greater Europe? A Continent Without an Iron Curtain*, Oxford, Blackwell Publishers.